Canto por la muerte de los domadores de buraq

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles;
cólera funesta que causó infinitos males a los
aqueos y precipitó al Orco a muchas almas
valerosas de héroes, a quienes hizo presa de
perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad
de Zeus— desde que se separaron disputando el
Atrida, rey de hombres y el divino Aquiles.
La Iliada, Homero.

Canto I

buraq: árabe y este, del persa «burash».
Según la Enciclopedia General:

1.-Literalmente: rayo, estallido, blancura cegadora.
2.-Animal de monta de la mitología árabe, capaz de poner su pezuña tan lejos como alcanzaba la vista.
3.-Nombre común del anti-boro.

El anti-boro, o buraq, es la fuente de energía más comúnmente usada en nuestros días. El anti-boro amorfo, igual que su contrapartida, el boro amorfo, es un fino polvo de color marrón. Al combinarlo con materia común, se obtiene energía en cantidades imposibles de igualar por ningún otro sistema. 1 Kg. de materia y antimateria producen, al entrar en contacto, $1{,}8 \times 10^{11}$ Julios mientras que la fusión nuclear de 1 Kg. de isótopos de hidrogeno produce, tan solo, $2{,}6 \times 10^{8}$ Julios.

Más del 90% del buraq que consumimos procede de las lunas de Júpiter: Io y, sobre todo, Europa. En ellas transforman el boro metálico de los núcleos planetarios, que no hierro como se pensaba en la remota antigüedad, en anti-boro amorfo. El conocimiento de esta transformación es patrimonio de los miembros más relevantes de unas pocas familias. Lo único sabido, es que se trata de un proceso extremadamente peligroso, y que los frecuentes accidentes tienen consecuencias catastróficas, por esta razón, los contados conocedores del secreto son apodados *domadores de buraq*

Fundamentos tecnológicos de nuestro mundo
Doctor Ingeniero Leto Atrida

—He convocado esta asamblea de caudillos para que escuchéis al último heraldo del Monte Olimpo.

El orador erguía su imponente estatura sobre el rocoso suelo de la luna Amaltea, rodeado de reyes y caudillos de todas las razas terrestres.

Los murmullos de expectación recorrieron las filas. Por encima de sus cabezas Júpiter llenaba el cielo, iluminando a los asistente con su reflejo amarillento, apenas empañado por la cúpula Marquesán, que retenía el aire respirable, impidiendo que se perdiera en el espacio.

Anglos rubios y espigados, árabes de nariz aquilina, latinos morenos y enjutos, germanos macizos como torres, negros de elásticos miembros, chinos delicados, mongoles brutales, malasios de torva miradas, esquimales, indios, hijos del Pacífico... Blancos, negros, pardos, violáceos, con labios gruesos o delgados, de brillantes ojos claros y de pupilas oscuras como tizones. Sus manos son manos grandes, con dedos como sogas o manos finas con dedos delicados, más hechos para el arte que para la guerra.

No hay raza, etnia, pueblo o tribu de la lejana Tierra que no tenga su representante sentado a los pies del rey de hombres: Agamenón.

—Habla ya noble Agamenón y acaba con nuestra incertidumbre. ¿Cuales son las nuevas que porta el heraldo? ¿Acaso los areopae del Olimpo se han apiadado de nosotros después de tantos años y nos ordenan regresar a nuestras casas?

El rey de hombres contestó furibundo.

—Ulises ¿por qué hablas con malicia? Bien sabes que no abandonaremos esta luna hasta que los orgullosos europi hayan sido aniquilados y sus naves, destrozadas, llenen de chatarra el espacio desde Júpiter hasta la Tierra. No es momento para ironías que siembran el desconcierto en el ejercito y la duda en el corazón de los valientes caudillos.

»Guardad silencio y escuchad lo que el heraldo tiene que decir. Procede del Areópago de la Luna y lleva el sello encriptado de Zeus.

Cundió la sorpresa entre los asistentes, alzándose un murmullo que se perdía hacia lo alto. No era frecuente que Zeus en persona firmara un heraldo.

La imagen holográfica del Presidente del Areópago surgió delante del rey de hombres.

—Callad valientes guerreros que lucháis contra los orgullosos europi en el lejano Júpiter. Callad y escuchad lo que yo, Zeus, primer areopa del

Monte Olimpo os ordeno —se hizo un silencio abisal antes de que el heraldo continuara.

»El rey de Io ha reclamado la protección del Areópago. Os acusa de asaltar su planeta, causando muerte y destrucción, rompiendo los pactos sagrados. No satisfechos con saquear los depósitos de buraq, habéis causado gran devastación y raptado un sinnúmero de doncellas, incluida Iodeida, su propia hija. Debéis responder a estas acusaciones.

Agamenón rugió de furia.

—¡El rey de Io es un infame traidor! Pronto ha olvidado que fuimos nosotros los que le libramos del vasallaje de Príamo. Le rescatamos de la esclavitud, a él y a su pueblo, pero en lugar de honrarnos y obsequiarnos con su gratitud, quiere enriquecerse a nuestra costa, especulando con el buraq. No hicimos sino tomar lo que necesitábamos para proseguir la guerra.

—El Areópago reconoce la justicia de vuestro derecho a disponer del buraq preciso para mantener la lucha contra los europi, y así se lo ha hecho saber al rey de Io, pero la doncella debe ser devuelta a la casa paterna. Esta es mi voluntad, no oséis contradecirla.

El heraldo desapareció y los murmullos se alzaron de nuevo, más fuertes que antes, y con un matiz de angustia. Hasta el más lerdo podía predecir que se avecinaban problemas, graves problemas. La voz poderosa que se alzó sobre ellos les sobresaltó como a ancianas temerosas y acalló sus cuitas.

—¡Difícil tesitura la tuya, noble Agamenón! Te apropiaste de Iodeida, hija, al fin y al cabo, de un aliado, como si de botín de guerra se tratara. No habrás olvidado, sin duda, ¡oh noble rey!, que en eso fuiste contra mi criterio y el de todos los caudillos aquí presentes. Pero tú, ¡oh noble rey!, ofuscado no sé bien si por la lujuria o por la arrogancia, impusiste tu voluntad. ¿Cómo satisfarás ahora a Zeus? Aguardo impaciente tus palabras.

—Por supuesto había de ser el arrogante Aquiles el que planteara la cuestión. Si mi voluntad es grande, que no por nada me apelan «rey de hombres», admito y acato una voluntad superior, la de Zeus, que no está en mi ánimo contrariar.

»Así pues, la moza será devuelta a su padre, intacta, pues la lujuria no me ofusca la razón, y aun cargada de regalos ha de volver, para congraciarnos con el Areópago y garantizar el suministro de buraq para nuestras naves.

—Juro por todos los areopae que me asombra que hoy cedas con tanta facilidad lo que ayer tomaste con la fiereza del jabalí y mantuviste con la terquedad del toro.

—Cedo acatando una voluntad mayor, pero también pensando en el bien común, y si el beneficio ha de ser para todos, no es aceptable, que yo, Agamenón, «rey de hombres», wanax de todos los terrestres que empuñamos las armas contra Europa, no reciba una justa parte del botín de Io; por tanto, todos vosotros deberéis compensarme por la entrega de Iodeida y satisfacer los regalos con que debemos despedirla.

La voz de Aquiles pareció surgir más bien de las entrañas de un monstruo ancestral, que no de garganta humana.

—¡No ha nacido de madre el hombre que me haga renunciar al fruto de mis esfuerzos! Tu robaste a Iodeida desoyendo nuestras advertencias, paga ahora las consecuencias y no vengas a pedir cuentas a los que te aconsejamos juiciosamente.

—¡Aquiles pretencioso! ¿Osas desafiarme? ¿Te crees por encima de los juramentos? ¿No juraste obedecerme como tu wanax hasta la total destrucción de Europa?

—Nunca pensé que ofrecía mi juramento y mi obediencia a hombre tan infame y codicioso. Te llamas wanax y no eres más que un vulgar ladrón de vacas y un violador de niñas.

—¡No puede quedar sin castigo tal ofensa! Tu serás quien me compense en exclusiva por Iodeida. En su lugar tomaré a Briseida, de la que te apropiaste en Io.

—No será con mi consentimiento que obres semejante atropello, y si lo concluyes, aquí tienes otro juramento que agregar a los que ya presté: nunca volveré a empuñar las armas contra los europi mientras tú, Agamenón, seas wanax de la flota. Óyelo con claridad, ¡oh noble rey!, y piensa por una vez en las consecuencias, antes de obrar. Si el temible Héctor, domador de buraq, conduce a los europi hasta los tg3, permitiré que los destruya sin guerrear contra él y su perdida se deberá tan solo a tu inconsciencia y tu soberbia. Lo juro por el Areópago y ante toda esta asamblea.

Aquiles se abrió paso entre los caudillos que intentaban aplacar su cólera con palabras suaves y se dirigió a grandes trancos hacia donde su tg3 se encontraba varado, no sin antes escuchar las últimas palabras de Agamenón.

—Ulises —ordenó el rey de hombres—, embarca a Iodeida y devuélvela a su padre en Io, y vosotros —dirigiéndose a sus ayudantes —id al tg3 de Aquiles y traedme a Briseida.

Canto II

Los tg3 son las mulas de carga del transporte interplanetario. El primer tg3, el «Victoria», llevó a los hombres a Marte y, desde entonces, sus sucesores no han cesado de surcar el Sistema Solar, primero para colonizarlo, y después, para mantener un flujo ininterrumpido de personas y mercancías, entre todos los lugares en los que el ser humano ha sentado sus reales.

Sobre el origen de su nombre hay muchas especulaciones, una hipótesis de cierto éxito entre los navegantes, explica que significa «The glorious three», los gloriosos tres, en una lengua terrestre ya extinta, y haría referencia al «Victoria» y sus dos gemelos, que fueron, durante varios siglos, los únicas naves de estas características. Una teoría más reciente y con mejor base científica, propone que el tres es un factor multiplicativo de la «g» y que por lo tanto, se trata de una reducción del acrónimo T.G.G.G.: «Transporte gigante con gravedad generada»

Su diseño básico ha permanecido inalterado a lo largo del tiempo: una esfera dividida en dos hemisferios, atravesada por un cilindro central, hueco, que sirve de cámara de combustión. El hemisferio norte es una bodega de carga de gravedad cero. El hemisferio sur, por el contrario, gira entorno al cilindro central, produciendo gravedad artificial contra las paredes de la esfera. El espacio interno está dividido en varias cubiertas superpuestas, paralelas al eje de giro.

Su detalle más sorprendente, y la base del éxito de su diseño, es su capacidad para planetizar, gracias a la geometría variable del hemisferio sur. Este lo constituyen ocho semisectores esféricos, capaces de pivotar noventa grados sobre el extremo sur del cilindro central. Esta maniobra logra dos cosas: que el suelo de las cubiertas internas siga siendo suelo, respecto a la gravedad del planeta, y proporcionar una sólida base de apoyo a la nave, que le permite posarse con toda seguridad.

Naves de ataque, defensa y transporte.
Unidades didácticas de la
Escuela de Guerra de Mare Imbrium, Luna

Ulises embarca a Iodeida en su tg3, instantes después un chorro de enorme potencia, fruto de la desintegración del buraq, surge del eje central. La gigantesca nave, que se asemeja en ese instante a una extraña flor pedunculada, vence enseguida la débil gravedad de Amaltea y se eleva lentamente.

Cruza sin dificultad la cúpula Marquesán, responsable de retener el aire por encima de la base terrestre y pone rumbo a Io, que se encuentra en ese momento a una distancia similar a la que separa Luna y Tierra. El viaje, por tanto, no durará más de una hora, incluyendo el tiempo necesario para acelerar y frenar.

Ulises, instalado en el puente se coloca el casco de navegante, completamente opaco. Ante sus ojos se despliega en imagen sintetizada en 3D, el mapa del sector alfa3H-Jupiter. No es una imagen sencilla de interpretar para el ojo no entrenado. Los objetos planetarios están representados por sus órbitas y su situación actual aparece destacada con colores diversos, dependiendo de su masa. Los asteroides, cometas errantes y zonas de radiación de diversos tipos están señalizados mediante combinaciones de texturas y colores. Sobre este fondo cartográfico se superpone la capa de imagen compuesta por el radar y diversos métodos de visión artificial, la llamada capa de tiempo real, y todavía por encima de esta, la capa semiótica que le proporciona mediante pictogramas, el estado de la nave y de todos sus subsistemas y le permite controlarla.

Ulises absorbe este alud de información sin ninguna dificultad. Leía mapas estelares antes de destetarse y este, del sector alfa3H-Jupiter, ha tenido diez años para memorizarlo. Diez largos años. De forma casi inconsciente produce una suave emisión de ondas alfa que son detectadas por el casco, desplazando el puntero de rumbo hasta situarlo sobre el punto verde que representa la situación actual de Io. Podría ordenar al navegante virtual que tomara el control de la nave pero Ulises prefiere hacerlo manualmente. Son operaciones inconscientes, a fuerza de costumbre, y le permiten relajarse.

Es un trayecto corto y su tripulación está acostumbrada a la ingravidez pero quizá a Iodeida le resulte desagradable y no es cuestión de incomodarla, tal y como se han puesto las cosas.

Las ondas alfa guían los cursores sobre los pictogramas adecuados y la base de la nave, los ocho pedúnculos que le servían de plataforma de planetizaje, pivotan sobre el extremo del cilindro de combustión. Parsi-

moniosamente, las enormes piezas giran hasta formar una semiesfera, empezando a girar inmediatamente, generando fuerza centrífuga que simula gravedad. Ulises es vagamente consciente de que su cuerpo adquiere un décimo de su peso en Tierra. En el ecuador de la nave y en el primer nivel, el más externo, la gravedad artificial alcanza un sexto de la terrestre.

Llevado por un sentimiento de melancolía, Ulises cierra las capas cartográfica y de tiempo real y activa el modo de visión natural. El casco se aclara hasta hacerse transparente, igual que una amplia área de la pared de la nave, permitiéndole ver en directo la imagen real del exterior. Sobre ella interfieren únicamente los pictogramas de la capa semiótica que le permiten dirigir la nave. Mientras Io se agranda rápidamente, intenta que la belleza que le rodea aparte de su mente los negros pensamientos que le invaden.

Teme lo peor de la cólera de Aquiles.

Canto III

El generador de campo Marquesán es un dispositivo que produce un campo de fuerza de topología controlada. La naturaleza de esta fuerza todavía se discute, miles de años después de la muerte de su descubridor. Pese a que la mayoría de la comunidad científica se inclina por aceptar que se trata de una variante de la fuerza magnética, no faltan quienes postulan su adscripción a alguna de las otras tres fuerzas básicas de la naturaleza, o, por el contrario, que la consideren como algo por completo diferente.

Durante siglos fue visto como un divertimento científico, o poco más, a causa de sus inmensos requerimientos energéticos, hasta que el buraq apareció en escena. No es atrevido decir que la civilización nació el día que el buraq y el campo Marquesán se encontraron. Solo el buraq puede proporcionar las cantidades de energía que un generador de campo Marquesán necesita y solo el campo Marquesán proporciona un deposito inerte a la anti-materia, capaz de almacenar el buraq y liberarlo átomo a átomo.

Los primeros gramos de buraq se almacenaron en esferas Marquesán creadas mediante energía convencional. Fue fácil, después, diseñar el contenedor de buraq auto-alimentado, que utiliza una pequeña cantidad del buraq que almacena, para mantener en funcionamiento el generador Marquesán. Este sencillo dispositivo, unido a la facilidad del campo Marquesán para adoptar cualquier topología, abrió la puerta al mundo tal y como lo conocemos.

Fundamentos tecnológicos de nuestro mundo
Doctor Ingeniero Leto Atrida

Mientras Ulises, diligente, devuelve a Iodeida a su padre, Agamenón reúne a los caudillos más fieles a los Atridas.

—Aquiles se cree muy listo pero lo cierto es que nos ha brindado la ocasión perfecta para humillarle. Lleva diez años afrentándome, oponiéndose a mis ordenes, ridiculizándonos con hazañas que empequeñecen las nuestras. Las tropas se burlan en los corros. Solo Aquiles es lo bastante hombre para rescatar a la noble Helena. ¡Eso es lo que murmuran! ¡Acabemos con las habladurías! Si Aquiles no quiere luchar ¡tanto peor para él! Lanzaremos el ataque definitivo y destrozaremos a los europi. Aquiles quedará en ridículo, humillado como un cobarde y sin derecho al botín.

¡Disponed a los hombresi Cuando regrese Ulises acabaremos de una vez por todas con esta guerra. ¡Destrozaremos a los europi y el botín será tan inmenso que la Tierra recordara nuestra hazaña por tiempos inmemoriales!

Canto IV

El diseño estructural de todas las naves de caza es el mismo, difiriendo los modelos en aspectos tales como el tamaño, el número de tripulantes, el blindaje o el armamento.

El elemento fundamental de este diseño es una cámara de combustión cilíndrica, bidireccional, es decir, puede orientar el empuje en ambos sentidos. Sobre ella se acopla la isla que contiene la célula de supervivencia del piloto, el deposito de buraq, el generador Marquesán y otros subsistemas. En la parte trasera de la isla, en una protuberancia, es común ver un cañón antimisil de alta velocidad de tiro.

Acoplados a los laterales de la cámara de combustión encontramos dos alas truncadas, conocidas como muñones, cuya misión es servir de portaarmas, siendo extraordinariamente versátiles en esta función. Dependiendo de la misión y las preferencias del piloto, podemos encontrar cañones de diferentes calibres y cadencias de tiro, así como una panoplia muy extensa de misiles.

Naves de ataque, defensa y transporte
Unidades didácticas de la
Escuela de Guerra de Mare Imbrium, Luna

Europa acaba de salir de la zona de sombra de Júpiter. Después de casi cuarenta horas de frío y oscuridad, los rayos tibios del sol son bienvenidos y muchos europi salen de sus domos para saludarlos.

En tiempos más pacíficos, el escudo de buraq que rodea completamente el satélite se adelgazaría para permitir que los ciudadanos disfrutaran del espectáculo, pero con los terrestres instalados en Amaltea, apenas a dos horas de vuelo, el escudo se encuentra en su máximo espesor.

A pesar de ello, es posible ver, en algunos casos, cómo los haces de luz irrumpen entre los cristales de hielo de los anillos jovianos arrancando enceguecedores destellos, sin embargo otros relámpagos son los que reclaman su atención: los que trazan los escuadrones de naves despegando desde Amaltea.

Horrorizados, los europi acaban por perder la cuenta de las oleadas de naves que se lanzan sobre ellos. Los guerreros acuden presurosos a los grandes hangares donde los mecánicos se afanan en poner a punto los cazas.

En Amaltea, al borde de los débiles pero resplandecientes anillos jovianos, la nave de Agamenón recorre frenéticamente el espacio, organizando las escuadras según despegan desde la pequeña luna. Insensible al espectáculo que Júpiter y el Sol ofrecen a su espalda, grita, insulta, reprende y patalea. Gracias a todo ello, los miles de naves ocupan sus posiciones con un mínimo de colisiones. Por fin sus fuerzas dejan de parecer un enjambre de abejas furiosas y en perfecta formación de falange, ponen rumbo a Europa. Los defensores no tardan apenas nada en aparecer en la capa de tiempo real de los cascos de navegación. El olor del miedo inunda las cabinas. La adrenalina chorrea en el flujo sanguíneo de cien millares de guerreros. Diez años de lucha han enseñado a los terrestres a temer a los terribles pilotos europi. Hábiles, valientes, tenaces... Han nacido en el espacio, es su casa, su vida, fue su patio de juegos y claman, orgullosos, que será su cementerio... Después de llevarse a cien terrestres por delante.

Comanda los defensores, como siempre, el terrible Héctor, el más fiero de los hijos de Príamo. Noble, arrojado, tan cruel con el enemigo como tierno con los suyos, es el jefe indiscutible e indiscutido. Sintiendose a la vez tan lejos y tan cerca de su hogar, tiene tiempo de dedicar un breve pensamiento a su esposa amada y a su hijo balbuciente, antes de organizar el dispositivo defensivo.

Mal dirigida por Agamenón, la falange terrestre ha degenerado en una estructura monoplano en punta de flecha abierta. Es un ejemplo de libro de formación en delta, tan vistosa para desfilar como poco eficaz en combate, pero que el rey de hombres no se molesta en rectificar.

—Puede que seas muy noble, Atrida Agamenón, pero más te hubiera valido frecuentar menos los banquetes de Mare Imbrium y asistir a las lecciones de la escuela de guerra —piensa Héctor.

Mediante ordenes precisas como un teorema, organiza sus escuadrillas en una semiesfera cóncava que ofrece su depresión a la delta terrestre. Girando en torno a esta semiesfera, doce docenas de grupos móviles permanecen avizorantes del punto débil donde descargar su terrible aguijonazo.

La capa de tiempo real de Agamenón le muestra el formidable dispositivo europi, que parece haber surgido de la nada en breves instantes. El valiente guerrero vacila y ordena el alto a sus escuadrillas. Sus limitados recursos tácticos no le ofrecen apenas alternativas y antes de que pueda pedir consejo a sus ayudantes más ingeniosos, Héctor se dirige a él a través del sistema estándar de comunicaciones:

—Escucha Agamenón, ¿no crees que traes demasiados espectadores para arreglar un simple asunto de cuernos?

—¡Héctor sanguinario! ¡Matador de terrestres! ¿Crees que voy a escuchar tus afrentas? Has robado el honor de mi familia y la vida de muchos amigos y parientes. ¿Como te atreves a mofarte cuando la destrucción de tu hogar se aproxima? Venderé a tu hijo como esclavo en las minas de Marte después de gozar de su madre.

—Si tu cañón fuera tan largo como tu lengua hace tiempo que los hielos de mi patria se habrían fundido. Pero me temo que es más pequeño que la polla de tu hermano Menelao, regio cornudo, diestro tan solo en encular jovencitos, a juzgar por lo que cuenta mi cuñada Helena.

—¡Venenoso Héctor! Hijo del venenoso Príamo y hermano de Paris, la serpiente que mi hermano Menelao acogió según todos los deberes de la hospitalidad y a quién él traicionó de manera tan infame. ¡Helena no es tu cuñada, ni lo será jamas! Su juicio puede haberse visto turbado por las maliciosas palabras de tu innoble hermano pero su discreción y nobleza están fuera de toda duda.

—Por raro que parezca, hay pues algo en lo que coincidimos. La virtud de Helena es innegable y tanta virtud se merece un hombre entero, como Paris, y no el medio hombre de Menelao

—Sin embargo mi hermano Menelao está aquí, en primera línea, junto a mí. Por el contrario a Paris no logro situarlo. ¿Puede ser que este en quinta o sexta fila? ¿Ha despegado siquiera de Europa? ¿O está escondido en algún profundo pozo, mordiéndose las uñas, esperando a que su hermano mayor muera en su lugar, sin importarle dejar viuda a su cuñada y huérfano a su sobrino?

Héctor ha iniciado la conversación con el ánimo de enfurecer a Agamenón y forzarle a atacar sin más consideraciones, pero ve cómo se le va de la manos. Agamenón se ha revuelto, disparando sobre un blanco seguro.

Las ondas alfa de Héctor controlan los cursores sobre la capa semiótica y al instante un punto resalta con fuerza en el escenario de tiempo real. Paris se ha situado en uno de los grupos volantes de reserva. Un puesto que permite elegir el momento de combatir, y el momento de huir.

Héctor abre un canal sellado con la nave de su hermano.

—¡Paris! ¿Qué haces emboscado tras nuestros aliados y amigos en lugar de dar ejemplo situándote en las vanguardias?

—No me recrimines hermano, sabes que necesito espacio para luchar. Lo mío no es transformarme en un pedazo de muralla.

—Calla y no desbarres y acude inmediatamente a mi lado.

—¿Qué te propones hermano?

Pero Héctor ya ha cerrado el canal. El largo silencio hace las delicias de Agamenón. Mientras la capa de tiempo real le muestra que el caza de Paris arrumba al frente, Héctor retoma el canal abierto con el wanax terrestre.

—Mi hermano está en su puesto, liderando las fuerzas móviles de vanguardia. Las que os achicharrarán como granos de sílice en cuanto os mováis.

—Tu amor fraterno de honra noble Héctor, pero si mi radar no me engaña, esa nave que se acerca es la de tu miserable hermano, y procede de un punto notablemente curioso desde el que dirigir las vanguardias móviles.

—¡Solo la lengua bífida de un Atrida puede ser tan cobarde! ¡No eres hombre ni para acusar, Atrida Agamenóni

—¡Para llamar cobarde a ese amante de afeites y perfumes, basta y sobra cualquiera de mis porquerizos!

La nave de Paris, fácilmente reconocible por el aire rechoncho que le dan sus blindajes triples, se coloca junto al esbelto y rutilante huso que es el caza de Héctor. La voz de Paris resuena en las cabinas de ambas flotas.

—Es curioso que el hermano de un afamado enculador me acuse de amor a los afeites y los perfumes. Hablas mucho, Agamenón, demasiado para mi gusto, pero a Menelao todavía no le he oído. ¿Será que tanto hombre le pone nervioso? Quizá si se hubiera preocupado más de Helena y menos de sus amigos, ninguno de nosotros se hubiera visto en este triste trance, matándonos como animales.

Hace rato que ríos de sudor caen por la frente de Agamenón. Ahora se da cuenta de lo inconsciente que ha sido promoviendo este combate masivo que desborda sus capacidades tácticas y se siente incapaz de superar el sofisticado dispositivo defensivo organizado por Héctor.

—Sin duda es lastimoso que tantos y tan buenos hombres deban morir por limpiar una afrenta que solo a dos incumbe —concluye Paris.

—¡Yo solo me hubiera bastado para limpiar mi casa y mi nombre! —bravea Menelao interviniendo en la discusión por primera vez —pero este europos cobarde, ladrón de esposas, se refugió tras el escudo de Europa, convirtiendo en una cuestión de estado lo que debía haber sido solucionado de hombre a hombre. ¡Solo un cobarde es más despreciable que un traidor! ¡Paris es ambas cosas!

—¡Presumes de valentía Menelao! Pero en todos estos años no he esquivado ningún combate y en ninguno te he visto buscarme. Siempre a la sombra de tu hermano, nunca has mostrado mucho interés en solucionar tu afrenta cara a cara.

Al oír esas palabras, Agamenón ve una forma de salir de la trampa en la que él mismo se había metido.

—¡No es posible que Paris, príncipe de los cobardes, se atreva a cuestionar el valor de Menelao! ¡Qué nadie albergue en su corazón duda alguna sobre mi hermano! Porque Menelao te reta a ti, Paris, hijo de Príamo, aquí y ahora, a combate singular.

Menelao escucha el reto con enorme regocijo. Solo la inquina de Agamenón contra los europi y su deseo de promover contra ellos una guerra masiva le ha frenado todos estos años.

—Aquí y ahora, Paris —exclama—. El que venza se queda con Helena.

—No Paris, no aceptes el desafío. Es una trampa de estos Atridas infames y faltos de palabra.

—Una palabra Atrida vale por cien mil firmas europi, Héctor. Te disculpo porque únicamente pretendes defender a tu hermano. Todos sabemos que el único cañón que maneja con habilidad es el que tiene entre las

piernas. Pero Paris esta aquí presente y tendrá que afrontar el reto o retirarse como un cobarde.

»Formalmente juro, como jefe supremo de las tropas terrestres, que si Paris vence a mi hermano Menelao en combate singular, podrá quedarse con Helena y que los caudillos terrestres pagaremos todos los daños de la guerra multiplicados por tres.

»Si por el contrario Paris es derrotado, Helena retornará a mi hermano, el escudo de Europa será destruido y toda su producción de buraq será entregada a la tierra durante el mismo tiempo que ha durado esta guerra no deseada por nosotros.

»Esto es lo que juro delante de ambas flotas. Que Paris acepte el reto y defienda su derecho con hombría o caiga sobre su conciencia el dolor y la pena de todas las viudas y todos los huérfanos que la guerra produzca, en ambos bandos, de aquí en adelante.

Héctor se muerde los labios hasta hacerlos sangrar. Dirigiendo la flota no tiene rival pero en el duelo de las palabras Agamenón le ha superado y lo sabe. Paris no tiene ninguna posibilidad en un duelo individual contra Menelao pero si rehuye el combate hay muchas posibilidades de que sea linchado por sus propios hombres. Diez años de guerra han dejado una larga lista de dolor y sufrimiento que todos ansían liquidar.

—No vaciles más hermano mío. Esta vez el locuaz Agamenón te ha ganado. Vanas son sus palabras y los europi harían bien en desconfiar de sus promesas, pero nadie dirá que Paris pudo acabar con la guerra y no lo hizo por cobardía. Menelao es un redomado villano que solo apreció las virtudes de Helena cuando la perdió y no me asusta enfrentarle.

Canto V

Un escudo integral, es decir, dos esferas concéntricas cuyo espacio intermedio se rellena de buraq, es inviable en una nave caza, debido, tanto a la cantidad de buraq necesaria, como al consumo del generador Marquesán. La solución generalizada consiste en crear una elipse toroidal, de unos pocos centímetros de grosor, que se rellena de buraq y se hace girar rápidamente en torno al eje transversal a la nave.

El, así llamado, escudo toroidal, presenta además la ventaja de no bloquear el radar ni las telecomunicaciones. Es conocido que ninguna radiación penetra el campo Marquesán, siendo rebotada, lo cual, entre otras cosas, ha desanimado el desarrollo de armas de energía, como láseres o proyectores de microondas, que parecían prometedoras en otros tiempos. Un caza rodeado completamente de una esfera Marquesán estaría mudo, sordo y ciego, mientras que el escudo toroidal permite la emisión y recepción siempre que se sincronice adecuadamente con la velocidad de giro.

Este escudo toroidal proporciona una buena defensa contra el impacto directo de misiles, demasiado grandes y demasiado lentos como para atravesarlo, pero muy poca contra los cañones, cuyas balas, pequeñas y muy rápidas, pueden colarse sin dificultad a través del periodo de giro.

Para hacer uso de su armamento, el piloto tiene dos opciones: inmovilizar el giro del escudo o, sincronizarlo con la cadencia de tiro del cañón. La primera alternativa es arriesgada, pero obligada para lanzar misiles o para utilizar el cañón antimisiles, que en modo sincronizado es casi inútil.

Un factor a no olvidar es que el escudo toroidal se desintegra con facilidad, al destruir un misil o por efecto de una explosión próxima. Además de la perdida de buraq y del consumo extra para regenerar el toroide, lo más grave es el tiempo necesario, unos minutos, durante los cuales la nave se encuentra virtualmente indefensa.

Naves de ataque, defensa y transporte
Unidades didácticas de la
Escuela de Guerra de Mare Imbrium, Luna

En la tobera de popa de la nave de Paris brilla la muda furia del buraq en desintegración, acelerando suavemente. En cada uno de los muñones laterales, Paris porta un misil activo, auténticos asesinos con inteligencia propia y otros dos guiados por visión remota. Mientras avanza hacia el espacio libre entre ambas flotas, el cañón de la panza abandona su alojamiento, en el que se oculta para minimizar el eco radar de la nave.

El caza de Paris es más grueso de lo normal debido a los blindajes especiales que monta su prudente piloto. En combate, esto es un serio inconveniente pues la enorme masa de los blindajes tiene mucha inercia, que hace a la nave pesada y poco maniobrera. La especialidad de Paris no es, de ninguna manera, el combate individual. Con su nave reforzada y bien dotada de misiles suele situarse a cierta distancia del centro de la batalla, acechando a las naves enemigas que han perdido en la lucha el escudo toroidal, para abatirlas con sus cohetes. Una táctica de poco riesgo que le suele reportar excelentes resultados.

De la formación en delta no tarda en destacarse la nave de Menelao. Es un delgado cilindro mucho más estrecho que el de Paris. En los muñones solo porta dos esbeltos misiles guiados por infrarrojos. En el espacio restante monta, en cada lateral, dos cañones de grueso calibre, abundantemente municionados. Igual que Paris, lleva el cañón de panza, de calibre medio y uso mixto, antimisil y ofensivo. Completa su armamento el cañón de la torreta, tras la carlinga, bajo los sistemas de radar y comunicaciones, de pequeño calibre pero de altísima cadencia de disparo, destinado a la destrucción de misiles. Mientras Menelao pone rumbo a su punto de salida los cuatro cañones laterales rotan en todos los ángulos y en todas direcciones.

Durante unos instantes eternos, ambos rivales observan el punto rojo que representa a su enemigo. La capa de tiempo real está activada en modo duelo, de forma que el sistema filtra todos los datos no relevantes y se centra exclusivamente en los duelistas.

Es Menelao el primero que arranca. El chorro de energía que surge de su cámara de combustión, impulsando salvajemente su ligera nave, parece proceder directamente de sus entrañas. Diez años. Una década mordiendo el freno de su hermano, atendiendo razones de alta política. Pero al fin tiene la venganza a su alcance. La venganza sin más, sin paliativos, solo sangre y dolor. Paris, aterrorizado, ve el punto rojo abalanzándose sobre él, devorando el espacio que los separa: la Parca dispuesta a llevar-

le al reino de Caronte. Por fin sus neuronas logran establecer sinapsis y las ondas alfa hacen brotar el chorro impulsor en la tobera de popa. Su nave, tres veces más masiva que la de Menelao, necesita mucho más tiempo y energía para igualar en velocidad a su contrincante. Lanzados por fin los dos bólidos, orientan rumbo de colisión según las reglas del duelo. A diez segundos para el impacto Paris lanza un misil guiado por visión remota. La trayectoria es tan rectilínea que poca guía necesita. Menelao, sonriendo por la torpeza de su enemigo, activa el sistema de defensa que fija el rumbo del misil. En el momento justo, se inmoviliza el escudo toroidal y el cañón de la torreta destruye el misil de Paris con la tercera ráfaga. En la capa semiótica el sistema informa a Menelao de que dispone de munición para destruir un segundo misil y, quizá, un tercero. Paris aun dispone de cinco cohetes de varios tipos, pero eso no preocupa a Menelao en este instante. El sistema reactiva el giro del escudo toroidal y el piloto lanza tres ráfagas con el cañón de panza, sincronizadas con el escudo. Tres proyectiles superan la defensa de Paris e impactan contra el casco. Menelao conoce bien el blindaje de su enemigo y ha seleccionado proyectiles de penetración que explotan en la superficie, proyectando un chorro de metal fundido hacia el interior de la nave, pero el blindaje que entorpece sus maniobras, le protege, al menos por el momento.

A dos segundos para la colisión de ambas naves, las alfa de Paris giran la tobera de salida y su nave trepa en el espacio, proa al lejano Júpiter. El hermano de Héctor queda hipnotizado por el gran ojo rojo, la armagedoniana tormenta que asola la superficie joviana. Se rehace y controla su nave, obligándola a describir un amplio bucle. En la capa de duelo observa como Menelao ha roto su trayectoria de forma brutal, invirtiendo el flujo de la turbina y con dos giros de tornillo se ha situado en el punto de salida del rizo de Paris.

Para no caer en la trampa, rompe la bajada del bucle con un tonel seguido de una espiral ascendente, al tiempo que lanza una nube de chaff de partículas de carbono, que oculta su señal al radar de Menelao. Ordena escamotear todo su armamento y convertido en un fantasma de radar, inicia un contrarrizo intentando ganar la espalda de su adversario. Pero la señal de Menelao desaparece bruscamente de su capa de tiempo real. El Atrida ha hecho uso, igualmente, de las contramedidas de radar. Paris activa el modo de visión natural y el casco de navegante se aclara. Se encuentra en vuelo invertido respecto a su sistema de coordenadas que

considera Europa como «arriba» y Júpiter como «abajo», en la fase culminante del contrarrizo. Ambas flotas surgen a través del blindaje cristalizado de la carlinga. Es un espectáculo apabullante. Cientos de miles de cazas saturan el campo de visión. Dentro del patrón representado por el esbelto cilindro con los muñones laterales portaarmas, la variabilidad es infinita. Grandes y rechonchas, protegidas por múltiples capas de blindaje, las de bombardeo táctico, con los enormes misiles de buraq colgando como fruta madura. Los cazas de rompimiento de formación, los más veloces y ágiles, esbeltos cilindros armados únicamente de cañones de tiro rápido. Todos con el parpadeo intermitente, levemente verdoso, que emite el campo Marquesán de los escudos toroidales.

Cientos de miles de naves a la vista, pero ninguna es la de Menelao. Paris sabe que eso significa que su enemigo ha logrado ganarle la espalda y que lo tiene en el cono de vulnerabilidad. Vuelve al modo duelo y la imagen virtual rota a su petición para mostrarle ese sector pero nada se aprecia. Unicamente las lejanas estrellas titilando en el espacio profundo. Sin embargo Paris sabe que esta ahí. Sabe que Menelao no puede usar su armamento ya que lo ha escamoteado bajo el fuselaje de material opaco al radar. Sabe que se encuentra oculto bajo el chaff, una nube de partículas de carbono que dificultan más todavía la acción del radar. También sabe que Menelao está buscando ansiosamente la posición optima para asestarle el golpe definitivo.

Terriblemente asustado, intuyendo que en cualquier momento puede surgir del espacio la ráfaga mortal, Paris rompe brutalmente el picado descendente con el que concluía el contrarrizo. Invierte el flujo de la turbina con intención de convertir el descenso en ascenso, pero la poderosa inercia de una nave tan masiva es difícil de vencer y Paris siente que tarda una eternidad en cambiar el sentido. Su intención es sorprender a Menelao dirigiéndose hacia él para rebasarle antes de que pueda reaccionar. Repentinamente, sobre la imagen virtual surge un reflejo y al instante el sistema señaliza las coordenadas, indicando con aterradora claridad, en su escueto lenguaje de símbolos, la situación de la nave enemiga. A su espalda, tal como Paris suponía. Ha revelado su posición al descubrir el armamento y lanzar simultáneamente los dos misiles buscadores de calor. La maniobra de Paris no ha surtido el efecto que buscaba y ahora, en lugar de rebasar a Menelao se dirige recto hacia los dos misiles. En la capa de datos aparece el aviso de cinco segundos para el impacto. No hay

nada que Paris pueda hacer. En vuelo revertido, la proa de la nave, que hasta hace unos segundos era la popa, está tan caliente que es una guía infalible para los misiles y su torpe nave no puede efectuar una maniobra evasiva en tan poco espacio. Activa el cañón antimisil en modo sincronizado con el escudo toroidal, pero las estrechas ventanas temporales que la velocidad de giro del anillo Marquesán ofrece, solo permiten al cañón lanzar breves ráfagas completamente inútiles. De forma casi simultanea los dos misiles alcanzan el escudo toroidal.

Héctor ha seguido el combate en modo de visión natural y ve como la nave de su hermano queda oculta por las explosiones, producto tanto de la carga explosiva de los misiles, cómo de la destrucción de estos al entrar en contacto con el buraq del escudo. En ese momento un heraldo irrumpe en la imagen visual. Es un mensaje de Afrodita, la principal valedora de los europi en el Areópago.

—Héctor, no consientas bajo ninguna circunstancia que tu hermano perezca en este duelo infantil. Las razones de esta guerra están mucho más allá de una disputa conyugal y no puede ser resuelta de esta manera.

—Nada puedo hacer, nada sino ver morir a Paris, nada sin infringir las leyes del duelo. Desde que Paris aceptó el combate estuvo condenado.

—¡Entonces infríngelas! Yo te defenderé ante Zeus.

Sintiéndose respaldado por la areopa, Héctor abre un canal sellado con una de las agrupaciones móviles que circundan el dispositivo europi. Responde Pandaro, muy fiel sirviente de la casa de Príamo.

—Escucha hijo de Licaón. No podemos consentir que Paris sucumba, esta guerra está más allá de una simple disputa conyugal. Dispones de los medios para salvarle, ¡no permitas que Paris perezca!

La nave de Paris ha resultado seriamente dañada por las explosiones. Las exigentes maniobras del combate en una nave de tanta inercia han esquilmado los depósitos de buraq y no dispone de suficiente para reconstruir el escudo toroidal. De hecho apenas si basta para mantener la autonomía de la nave unos minutos más.

Viendo a su enemigo desprovisto del escudo, Menelao utiliza sus cañones de gran calibre que acribillan la nave de Paris. Proyectil tras proyectil explotan sobre el grueso blindaje abriéndose paso lentamente. Solo es cuestión de tiempo que uno de ellos logre atravesarlo y estallar en el interior, entonces será el fin de Paris.

Este es el momento elegido por Pandaro para lanzar su ataque, en forma de un misil activo. Recubierto de material antirradar, a baja velocidad y envuelto en una nube de chaff no es percibido por el sistema defensivo de Menelao e impacta contra su objetivo: el escudo toroidal. Zarandeado por la tremenda explosión, el ataque de Menelao se interrumpe. Mientras el Atrida recupera el control de la nave, Paris esconde el armamento y lanza una nube chaff, desapareciendo de la capa de tiempo real de Menelao. Este pasa rápidamente a visión natural, pero para entonces la nave de Paris es un punto lejano que acelera rápidamente hacia la bien protegida Europa. Ni la veloz nave de Menelao podría alcanzarle.

El rugido de despecho de Agamenón resuena a lo largo de mil millones de kilómetros cúbicos de espacio.

—¡Traición, europi innobles! Habéis ignorado todas las leyes del duelo interviniendo en favor de Paris.

—Eso tendrás que demostrarlo Atrida. Lo único que han registrado mis radares ha sido un explosión repentina junto a la nave de Menelao pero ignoro cual ha sido la causa de la misma. Quizá el escudo toroidal había sido dañado durante la lucha y en ese momento liberó una cierta cantidad de buraq.

—¡Bien sabes cual fue la causa! Todos reconocemos la explosión de un misil inteligente al chocar con el escudo, un misil activo lanzado desde tu flota.

—Esa es una acusación muy arriesgada Atrida Agamenón. Espero que tengas pruebas para defenderla. Ni siquiera en guerra se puede consentir la difamación en asunto tan grave.

—Si no fue ayudado cuando se hallaba a punto de sucumbir ¿porque no regresa tu hermano a continuar la lucha?

—No hay ninguna regla que establezca cual es la zona de combate. A mi modo de ver, mi hermano ha alcanzado una posición de ventaja desde la que aguarda a su enemigo, algo completamente legítimo. Yo diría que es Menelao el que ha renunciado a la persecución y se retira del combate, por tanto debe ser declarado perdedor. ¡Exijo el cumplimiento de las condiciones pactadas! El asedio de Europa debe ser levantado de inmediato. En breve recibirás una comisión que evaluará el coste de la guerra y fijará el importe de la indemnización prometida.

—Solo la estirpe de Príamo puede ser tan descarada como para intentar convertir una vergonzosa huida ante miles de valientes guerreros, en una heroica victoria.

—¿Acaso no aceptas el resultado del combate? ¿Significa eso que no piensas retirar el asedio?

Canto VI

A la hora de armar su nave con misiles, el piloto tiene una enorme variedad de opciones, que podemos clasificar fundamentalmente en base a dos criterios: por el tipo de explosivo y por el sistema de guiado.

Por el sistema de guiado, diferenciamos tres tipos: infrarrojo, de visión remota e inteligente o activo. El primero es el más básico, y económico: después de una fase de trayectoria plana, configurable antes del lanzamiento, busca ávidamente una fuente de calor y estalla por impacto. Un piloto consciente de que los recursos son limitados, siempre montará un par de ellos. Le siguen en calidad los misiles de visión remota, equipados con una cámara de seguimiento y guiados hasta su destino por un operador. Suelen montarlos las naves biplaza y guiados por un operador hábil son extremadamente certeros. En lo alto de la pirámide tenemos los misiles inteligentes, también denominados activos, capaces de perseguir con saña y tenacidad al objetivo designado, siendo capaces de hacer frente a una sorprendentemente amplia gama de trucos, recursos y contramedidas. Su único inconveniente es su terrible coste, ningún piloto los empleará sin pensárselo dos veces.

Por el tipo de explosivo, en esencia se diferencian los de buraq, empleados fundamentalmente para bombardeo táctico, a consecuencia de su enorme coste. Suelen ser de gran tamaño y con un potencial explosivo sin parangón. Solo un escudo integral puede proteger un objetivo de un misil de buraq.

Naves de ataque, defensa y transporte
Unidades didácticas de la
Escuela de Guerra de Mare Imbrium, Luna

Agamenón se abstiene de contestar y arenga a sus pilotos con una soflama heroica. En el mismo instante, decenas de miles de naves largan potentes chorros de fuego por sus toberas de popa, convirtiendo la formación en una lanza ígnea contra el negro telón del espacio.

La flecha apunta hacia el centro de la semiesfera cóncava que tan tentadóramente ofrecen las naves europi. ¡Héctor no se ha engañado acerca de la ineficiencia táctica de Agamenóni El terrestre todo lo confía al valor y a la habilidad de sus pilotos, una baza nada despreciable como Héctor sabe por propia experiencia.

Siguiendo las precisas ordenes de su jefe, las naves europi se abren hacia el exterior sin ofrecer resistencia a la flota enemiga. La semiesfera cóncava se transforma rápidamente en un cilindro hueco a través del que penetran los terrestres. Héctor espera a dar la orden de ataque a que toda la flota terrestre se halle dentro de ese cilindro.

Al llegar ese momento, las naves de la parte inferior del cilindro lanzan grandes nubes de chaff para ocultar una andanada de misiles inteligentes, opacos al radar, seguidos en un intervalo cuidadosamente calculado, de misiles guiados por visión remota. Simultáneamente las naves de la parte superior del cilindro se abren hacia los lados para evitar ser alcanzados por el fuego de sus compañeros. Los pilotos terrestres ven en la capa de tiempo real como se acercan los misiles de visión remota y mantienen la formación, confiados en que sus escudos toroidales desmantelarán ese ataque, ignorantes de que por delante de los misiles guiados vuela una oleada de misiles fantasma.

Cuando estos comienzan a impactar contra los escudos toroidales su sorpresa es total. Ninguna nave es abatida por esta andanada pero muchos escudos toroidales quedan inutilizados y antes de que puedan ser regenerados llega la segunda oleada de misiles. Al ser de visión remota, los operadores pueden seleccionar el blanco en este momento, eligiendo aquellas naves que se hallan en trance de regenerar el escudo toroidal.

Algunos pilotos novatos, sintiéndose indefensos sin el escudo activan los cañones antimisil demasiado pronto, con los objetivos a demasiada distancia y agotan rápidamente sus municiones en una tanda de ráfagas prematuras e ineficaces.

En una rápida sucesión, varios miles de cazas terrestres hacen explosión. La destrucción de una nave es un espectáculo aterrador. Si el impacto del misil daña el generador Marquesán entonces suena la trompeta

del Apocalipsis. Liberada del confinamiento del campo, toda el buraq del deposito se combina con la materia normal de la nave produciendo una diminuta estrella que arrasa todo lo que hay en sus proximidades pudiendo producir una reacción en cadena de horribles consecuencias.

Un huracán de fuego envuelve las naves terrestres, sobrecogiendo el corazón de los que siguen la batalla desde Amaltea y allí hubiera quedado resuelta la lucha si muchos jefes de grupo, en cuanto comenzaron las explosiones, no se hubieran imaginado la jugada de Héctor y desobedeciendo las ordenes de formación cerrada de Agamenón, no hubieran lanzado a sus escuadrillas en una alocada trepada con el morro enfilado hacia la inalcanzable Europa.

Canto VII

Los cañones, sea cual sea su calibre y cadencia de tiro, pueden utilizar tres tipos de munición: inerte, fragmentadora y rompedora. La inerte carece de explosivo, es típica de los calibres bajos, especialmente de los cañones antimisil, de tiro superrapido. Las balas fragmentadoras son capaces de atravesar por inercia pequeños blindajes y explotar en el interior del objetivo, causando terribles daños. Las rompedoras están diseñadas para atravesar gruesos blindajes. Estallan sobre el objetivo produciendo un chorro de metal fundido, a alta velocidad. Si logra atravesar el blindaje, puede producir graves daños, en particular si afecta a puntos vitales de la nave.

Naves de ataque, defensa y transporte
Unidades didácticas de la
Escuela de Guerra de Mare Imbrium, Luna

Raudas como aves de presa, las escuadrillas europi de la parte superior de la trampa se lanzan sobre los que huyen del infierno. Maldiciendo por la torpeza de Agamenón, Diomedes Tidida se encuentra en medio de un combate tan feroz que no recuerda otro igual en su larga vida de guerrero del espacio. En la capa de tiempo real se ve en el punto de confluencia de cuatro naves europi que le enfilan desde los medios cuadrantes. En la fría imagen computerizada, tres flechas rojas y una azul convergen sobre el. Tres misiles de infrarrojos y uno de visión remota. Es una sentencia de muerte más que segura pero el Tidida no tiene previsto morir hoy. Con una furia tal que por poco se sale del rango de tolerancia del analizador de ondas alfa, ordena plena potencia durante tres breves segundos. Aplastado por la brutal aceleración, maniobra la tobera de escape lanzándose recto contra el misil de visión remota. Luego corta completamente la propulsión, dejándose llevar por la inercia producida, al tiempo que enfría el escape con un chorro de hidrógeno líquido. Súbitamente privados de su presa, los misiles de infrarrojos son tentados por sus mutuas fuentes de calor. Diomedes sabe que el escudo toroidal acabará fácilmente con el cuarto misil pero a costa de un consumo de buraq inadmisible en un combate que se prevé largo. Al menos dos naves están tomando posición para atacarle al cañón en el momento que el misil destruya el escudo. En cuanto detecta la explosión de los infrarrojos a su espalda activa de nuevo la potencia, lanzando su nave a toda velocidad contra el cuarto misil. Los enemigos se preparan para lanzar sus andanadas. Uno de ellos, dominado por la pasión de cobrar una presa que cree segura, se acerca demasiado lo cual no pasa desapercibido al feroz terrestre. Una fracción de segundo antes del impacto con el misil restante, Diomedes invierte el chorro de propulsión, derivando una pizca de potencia hacia la tobera de maniobra superior. La nave efectúa un extraño giro, quedando inmovilizada durante un instante unos metros por debajo de su trayectoria anterior y el misil pasa sin rozar el escudo toroidal. Con el cañón pesado de su muñón izquierdo, Diomedes centra una larga ráfaga de proyectiles fragmentadores sobre la zona de la carlinga de su enemigo más próximo. Con un ojo puesto en el misil, al que el operador está haciendo girar, Diomedes mantiene el fuego hasta que varios proyectiles se cuelan a través de la ventana de paso del escudo toroidal. Las granadas acorazadas atraviesan por impacto el mediano blindaje de la nave europos estallando en su interior, destrozando los sistemas y matando al piloto.

Sin tiempo para celebrar la victoria, Diomedes da toda la potencia y su nave sale despedida en una trepada vertical en dirección a Europa, inicia un rizo en lo alto del cual invierte de nuevo la potencia de propulsión y volviendo a vuelo directo, sale del rizo picando hacia Júpiter, cayendo sobre dos de sus atacantes que no han sabido reaccionar a tiempo. Contra una de las naves lanza un misil de infrarrojos mientras cañonea a la otra. La cascada de proyectiles acaba por superar el escudo y atravesando el blindaje por múltiples puntos, las granadas estallan en el interior de la nave, convirtiéndola en un pecio descontrolado. Simultáneamente el misil de infrarrojos impacta contra el escudo toroidal de la otra nave, destruyéndolo. Diomedes sale del picado con una espiral ascendente en mitad de la cual se topa con la panza desprotegida de su enemigo. Una corta ráfaga es suficiente para aniquilarlo. De presa segura, Diomedes ha pasado a destruir a tres de sus atacantes en un par de minutos de combate.

Pero la ruda lucha no ha pasado desapercibida a los europi que se arremolinan frenéticos en torno al Tidida. Diomedes da toda la potencia a su maquina, en un desesperado intento de eludir una nueva oleada de atacantes y reunirse con sus compañeros, pero los terrestres retroceden inexorablemente ante la presión de las bien organizadas escuadrillas europi, lo que le llena de desconsuelo. Ya se encomienda Diomedes a sus antepasados cuando una nave irrumpe por encima suyo. Con habilidad difícil de igualar, el piloto centra simultáneamente el fuego de sus tres cañones en otras tantas naves europi. Las largas ráfagas acaban por desbordar los escudos toroidales y al menos dos de la naves sufren explosiones en su interior que las dejan fuera de combate. Diomedes reconoce enseguida los cañones de grueso calibre montados en detrimento de los cohetes. Menelao, apercibiéndose de su difícil situación, ha acudido en su ayuda.

—Apresurémonos Diomedes. La flota huye casi a la desbandada y correremos serio peligro si no logramos reunirnos con ella.

—Nada me alegraría más, pero no es fácil librarse de tanto enemigo.

Apoyándose mutuamente logran zafarse de la presión. Los europi han perdido seis naves en breves instantes ante aquellos formidables guerreros y su celo decae notablemente.

Canto VIII

Hubo idealistas que fueron a la guerra de Europa, valientes y generosos. Llegaron dispuestos a dar su sangre y su vida por unas razones completamente equivocadas.

Hubo quienes fueron por su propio interés y beneficio, alegando, casualmente, razones justas. Supongo que como en todas las guerras que la humanidad ha librado.

También hay hombres serenos que saben reconocer las razones justas y batallan con arrojo, convencidos de que después de tanto horror, el mundo será un poco mejor. De estos no conocí a ninguno, ni en Amaltea ni en Europa.

Por último están los que ven en la guerra la oportunidad de saciar su codicia, llenar de honores el saco vano de su orgullo desmedido, sin importarles los porqués, ni los comos, ni los hastacuando. De estos, las guerras están llenas, y la de Europa no fue una excepción.

En el medio de todo aquello, Paris y Helena, Helena y Paris, chispa que desgarra el cielo y rasga el velo de la tormenta. Servisteis de excusa para levantar bandera contra Europa y su monopolio del buraq.

Cuándo yacíais en el lecho, ahítos ¿No os disteis cuenta de lo que iba a pasar, o, simplemente, no os importó?

Voluntad y codicia: la guerra de Europa
Iodeida, princesa de Io

Menelao y Diomedes logran reunirse con la flota terrestre ya en las proximidades de Amaltea, pero se encuentran con una situación desesperada. El bravo Héctor jalea a sus hombres en todo el amplio frente y los terrestres no consiguen ordenarse ante el coordinado huracán de fuego que se les viene encima. Ambos guerreros caen sobre la retaguardia europos como rapaces asesinas, ante la sorpresa de los que solo prestan atención a la lucha que se desarrolla delante de ellos. A máxima potencia, como meteoros desbocados, atraviesan la flota de Héctor dejando tras de si un reguero de destrucción en el que empeñan sus ultimas reservas de munición.

Reintegrado a sus filas, Menelao se desgañita lanzando ordenes a diestro y siniestro. A fuerza de amenazas, agasajos, presiones y mentiras descaradas logra poner orden en la desbandada terrestre y la flota ofrece, al menos, una defensa coordinada y eficaz. Una y otra vez las naves de Héctor asaltan la línea terrestre y ambos bandos se infligen crueles daños pero los europi no logran la ansiada penetración.

En la capa de control táctico de Héctor se registran las naves que informan de escasez de combustible, de municiones o de ambas cosas, así como las naves averiadas o definitivamente perdidas; ambas listas crecen por momentos. Héctor lucha la guerra del pobre, sabedor de que sus pérdidas de hombres y naves son muy difíciles de reponer. Una nave propia destruida por tres enemigas es un mal resultado para los europi. Por fin da la orden de retirada, reagrupándose a cierta distancia.

—No hemos de regresar a Europa —embraveció a sus hombres —sin destruir definitivamente al enemigo. Ya ha salido de Europa un convoy de tg3 con municiones y buraq para los depósitos exhaustos y también víveres. Después de reaprovisionarnos y descansar atacaremos de nuevo.

»Los terrestres han sufrido una humillante derrota. Están aturdidos y desmoralizados. Por algún motivo, Aquiles no lucha con ellos y son más débiles que nunca. ¡Es la ocasión de aniquilarlos!

Las palabras de Héctor son bastante acertadas. En largas sartas de rosario, las naves terrestres se posan sobra Amaltea al limite de su combustible. Muchas habían debido desactivar el escudo toroidal para utilizar el buraq como combustible. Un recurso extremo que las dejan virtualmente indefensas. Los pilotos salen de los cazas felicitándose por seguir con vida y hacen recuento de las bajas con el ceño fruncido. El impetuoso Agamenón les ha conducido a una tragedia.

Después de una breve conferencia con los jefes, Agamenón imparte nuevas ordenes. Una cúpula creada por potentes generadores de campo Marquesán cubre la región de Amaltea ocupada por los tg3, su único medio de regreso a la Tierra y cuya integridad preocupa grandemente a los guerreros de Agamenón. Es un territorio que supera con mucho las dimensiones de varios de los reinos de algunos reyezuelos que se han apuntado a la guerra al olor del saqueo y la rapiña. El objeto de esta cúpula es retener el aire generado artificialmente y permitir la vida sobre Amaltea sin equipo de respiración. Las ordenes de Agamenón consisten en transformar la cúpula en un escudo defensivo. Para ello hay que generar una segunda cúpula Marquesán por encima de la primera y rellenar el espacio intermedio con buraq, lo cual va a comprometer seriamente las reservas de la flota. El buraq necesario para el relleno, más el consumido por los generadores de campo dejará los depósitos exhaustos y no pueden contar con disponer fácilmente de la producción de Io después del incidente con Iodeida.

Pero Agamenón es inflexible, sabe que el combate siguiente ha de librarse por la salvación de los tg3 y que sus cazas necesitan más una muralla de respaldo a sus espaldas que llevar lo depósitos llenos.

Canto IX

Dicen las tradiciones que los doce areopae que moran en el Areópago, el gran palacio de Monte Olimpo, en Luna, remedan los doce dioses de un antiguo pueblo terrestre, cuyos nombres adoptan al acceder a su cargo. Zeus preside a los hombres: Poseidón, Hefesto, Ares, Apolo y Hermes y Hera a las mujeres: Deméter, Atenea, Afrodita, Artemisa y Hestia.

Seis hombres y seis mujeres, elegidos de por vida en contubernios innombrables, para gobernar un Sistema ingobernable, en el que cada planeta, cada satélite, cada estación, campa por sus respetos, sometidos únicamente a la ley del más fuerte.

Otrora poderosos y respetados, han devenido en burócratas cortos de miras, cuyo poder solo puede manifestarse a través de la intriga y la conspiración. Expertos en todas las formas del engaño y la traición, más preocupados de dañar al rival que de velar por la paz y prosperidad del Sistema.

En la guerra de Europa, Zeus vio la ocasión de recuperar para el Monte Olimpo, el prestigio de antaño, a costa de los altivos y orgullosos europi, haciéndose con una parte de su monopolio del buraq. Apoyó con firmeza la causa de Agamenón y sus aliados, pero los europi no se quedaron con los brazos cruzados y lograron importantes apoyos en el Areópago, siendo Apolo y Afrodita sus principales valedores.

Los años de la Europeiada fueron también años de luchas y enfrentamientos en el Areópago, combates que no siempre se resolvieron con palabras.

Voluntad y codicia: la guerra de Europa
Iodeida, princesa de Io

El periodo orbital de Amaltea en torno a Júpiter es de solo doce horas terrestres. Los pilotos comieron y descansaron y muchos aprovecharon para gozar de las mujeres obtenidas en el reciente saqueo de Io. Al emerger el pequeño satélite sobre la cara iluminada del gigante joviano, la eterna tormenta roja le saludó con sus monstruosos guiños, a los que nadie prestó atención, pues estaban pendientes de un espectáculo más aterrador.

Difuminado por el polvo de buraq contenido en el escudo recién creado, la escuadra europos significa un cúmulo de funestos presagios. Nadie puede ver la poderosa formación sin sentir que la respiración se le entrecorta.

A Agamenón Atrida, lo que le falta de visión táctica le sobra de valor. Ordena que se preparen todos los pilotos disponibles y que su nave sea brillantemente decorada con todas las insignias de su alto rango.

A su orden, los ingenieros abren tres vanos en el escudo por los que chorros interminables de naves brotan de Amaltea, recordándole a Héctor los furiosos volcanes de Io, con sus grandes coladas de lava. No puede evitar que el miedo oprima su pecho: los europi están en desventaja de tres a uno, plantar batalla a semejante fuerza es una locura y su corazón gime por su querida Andrómaca y el pequeño Astianacte, al que apenas ha tenido tiempo de amar. Tiene que hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para acallar los labios que ya musitan la orden de retirada. ¡Pero ya basta! Han sido diez años de guerra ignominiosa. Los terrestres no son lo suficientemente fuertes como para establecer un asedio en toda regla pero les sobra soberbia y bravura para estorbar las rutas comerciales hasta prácticamente cortarlas. Esta guerra intermitente, de amagos y ataques espaciados, debe acabar y con la retirada de Aquiles sin duda es el momento de forzar una victoria definitiva.

—Dime cual es tu opinión ingenioso Eneas —solicita Héctor al fiel amigo del venerado padre.

—He visto surgir en primera fila a Agamenón, vistoso como si de un desfile olímpico se tratara. El Atrida hace gala de más coraje que cerebro, como era de esperar. Creo que podemos fingir una retirada, espantados por su poderío, para revolvernos a mitad de camino y sorprenderles con las naves en plena aceleración, difíciles de maniobrar por la inercia.

—No en vano mi padre te aprecia como uno de sus mejores consejeros y me recomendó que no desdeñara ninguna de las ideas que surgen de esa mente privilegiada.

Héctor imparte ordenes secas y tajantes a sus bien entrenados oficiales y las naves invierten el flujo de energía en la turbina de combustión, para desplazarse en reversa. Lentamente, sin perderle la cara al enemigo y en perfecta formación, se alejan de Amaltea.

Para cuando todas las naves terrestres han formado sus escuadrillas ven a un enemigo temeroso que intenta retirarse sin ofrecerles la espalda.

—Huyen como viles cobardes, aterrados de nuestro poderío —bravea Agamenón—. Creían darnos el golpe de gracia pero erraron la autentica dimensión de nuestro poder. ¡A por ellos! ¡No tengáis piedad de esos miserables impíos, rompedores de sagrados juramentos!

Como un furioso enjambre de abejas, las naves terrestres se lanzan en un peligroso y desorganizado cúmulo contra la escuadra europos que se aleja. Acelerando a plena potencia, miríadas de chorros de fuego ocultan la visión de Amaltea. Las naves se encabritan, los pilotos pierden el aliento, súbitamente aplastados por la inercia. La distancia entre ambas flotas se reduce rápidamente. De las naves terrestres surge algunos misiles lanzados por pilotos bravos y jóvenes con mucha hambre de gloria y poca experiencia de combate. Estos ataques son fácilmente neutralizados por los escudos toroidales y los cañones de tiro rápido. La mayoría de los pilotos terrestres reservan sus armas para el momento en que se abalancen a toda velocidad sobre la formación europos, confiando en destruir por saturación los escudos toroidales.

Héctor observa, calculador, aguardando el instante exacto. Las ordenes están impartidas. Solo tiene que dar la señal.

—¡Ahora!

Breves chorros de maniobra surgen de la proa de las naves europi, forzándolas a caer hacia atrás, según su esquema de coordenadas. La inercia, producto de la elevada aceleración que han puesto en juego, impide a las naves terrestres maniobrar con tanta brusquedad, así que solo pueden ver impotentes como el enemigo se les escabulle mientras ellos se lanzan a la carga sobre un inmenso vacío. Toda la flota de Héctor describe un rizo con tirabuzón, en formación cerrada, perfectamente sincronizada, que les coloca a la espalda de los terrestres. Desde esa posición privilegiada lanzan una formidable andanada de miles de cohetes de infrarrojos contra las ardientes toberas de propulsión, que destruyen una enorme cantidad de escudos toroidales. A continuación los hábiles pilotos atacan al cañón a las naves que han quedado indefensas.

En la capa de control táctico de Agamenón, las naves destruidas son simples números pero debajo, en la capa de tiempo real, se convierten en brillantes puntos rojos, hirientes como dardos.

Embravecido por la rabia y la desesperación, realiza un forzado rizo que le coloca directamente sobre la carlinga de un enemigo. La larga ráfaga de los pesados cañones logra atravesar el escudo toroidal y los proyectiles blindados explotan en el interior de la nave. Sin darse un respiro rompe el descenso del rizo en una zigzagueante tijera que le lleva contra la panza de otra nave europos. Se trata de una nave de asedio con piloto y artillero, pesada y fuertemente blindada, pero nada puede detener al resuelto Atrida. Un primer misil de infrarrojos destruye el escudo toroidal para dejar vía libre a otro de visión remota que hace añicos la bien blindada nave. Enardecidos por el ejemplo de su jefe, hambrientos de vengar a los amigos muertos, los terrestres se revuelven y en todo el plano de batalla afrontan a los europi. Pese a las bajas iniciales siguen siendo muy superiores en número y los novatos aprenden a seguir el ejemplo de los veteranos.

Héctor esta en todas partes y en ninguna. Organiza, anima, reprende..., pero ante todo preserva su vida. Es insustituible y lo sabe.

En el fragor de la batalla, Agamenón avista una presa especialmente apetecible. Un poderoso caza de dobles muñones escalonados que montan enormes cañones y una formidable dotación de misiles. Gallardo, exhibe en la panza las armas de Antímaco y está guiado por sus hijos, Pisandro e Hipóloco.

Después de la huida de los amantes, Menelao y Ulises viajaron a Europa para reclamar el regreso de Helena. Antímaco les hospedó en su domo, pero conspiró para matar al hermano de Agamenón, pese a que gozaba de la protección de los embajadores, lo que hubiera logrado de no haber llegado la noticia a oídos de Zeus.

Los hijos pagarían por la perfidia del padre.

El ataque del Atrida no pasa desapercibido a los hermanos. Pisandro, el piloto, invierte el flujo de la turbina y lanza la nave en una alocada espiral contra el caza de Agamenón mientras Hipóloco dirige cuatro misiles de visión remota. Con una determinación suicida, Agamenón detiene el escudo toroidal y activa el cañón antimisil en modo automático. Libre de la restricción del escudo, el cañón da rápida cuenta de los cuatro misiles. Sorprendidos por la audaz maniobra, los hermanos no saben sacar parti-

do de la vulnerabilidad de su enemigo. Para cuando Hipóloco quiere atacar a cañonazos, Agamenón ha restablecido el giro del escudo toroidal y dos misiles de infrarrojos se dirigen contra los hijos de Antímaco. Faltos de la determinación de su atacante no se atreven a detener su escudo. Disparando ineficazmente en modo sincronizado, solo logran destruir uno de los misiles. El otro desintegra el escudo, tras lo cual la poderosa nave es presa fácil para el cruel Atrida.

Incapaces de resistir la furiosa reacción terrestre, los europi se reagrupan y buscan la seguridad de la bien escudada Europa. Poco puede hacer Héctor, salvo mantener el orden y evitar la desbandada. A la vera del poderoso escudo de su planeta natal organiza de nuevo sus fuerzas, mermadas pero aun temibles.

Canto X

Las conversaciones en tiempo real a través del Sistema Solar son inviables, por tanto, desde el principio de la colonización los mensajes grabados han sido el principal medio de comunicación de planeta a planeta.

Por desgracia, las limitaciones de un mensaje grabado son enormes, y cuando las aclaraciones tardan horas en llegar, las malas interpretaciones están servidas. Por este motivo los mensajes se hicieron cada vez más sofisticados, hasta llegar a lo que hoy conocemos, comúnmente, como un heraldo.

Un heraldo es un mensaje, por supuesto, pero también es mucho más. Es un gólem virtual, dotado de cierto grado de entendimiento, limitado y restringido al área de que trate el mensaje. Un heraldo es capaz de responder dudas, hacer matizaciones, rebatir argumentaciones contrarias, valorar la evolución del contexto y, en definitiva, hacer llegar la voz de su amo al otro extremo del Sistema Solar.

Fundamentos tecnológicos de nuestro mundo
Doctor Ingeniero Leto Atrida

Viendo al enemigo replegado y buscando temeroso la protección de su fortaleza, Agamenón siente batir en sus sienes la excitación de la sangre. Alocado, arrastra tras de sí millares de naves contra el frente europos. El primero que tiene la desgracia de cruzarse en su camino es Ifidamente Antenórida que ha acudido a luchar junto a Héctor por la amistad que su padre profesa a Príamo. Aterrado, ve en la capa de tiempo real como el triángulo verde que representaba la nave de Agamenón se abalanza sobre la suya. No puede iniciar una maniobra evasiva sin infringir las ordenes de Héctor que ha prohibido terminantemente que nadie abandone el plano de batalla. El Atrida lanza contra él dos misiles de visión remota. Ifidamante, resuelto y confiado en el poderoso blindaje de su nave, estabiliza el escudo toroidal para que el cañón antimisil pueda destruir la amenaza, pero el feroz Agamenón se percata de la maniobra y acelerando a plena potencia reduce distancias rápidamente, mientras sus cañones disparan largas ráfagas de proyectiles rompedores que explotan sobre la superficie de la nave, lanzando chorros de metal fundido hacia el interior, abriendo terribles boquetes en el blindaje. Los misiles son destruidos en breves segundos pero al intentar reactivar el giro del toroide, Ifidamante se horroriza al descubrir que los impactos lo han dañado y no responde. La catarata de proyectiles continua cayendo sobre su nave hasta que, convertida en un colador, estalla.

Agamenón ruge ebrio de sangre, mientras su escudo toroidal le abre paso entre el infierno de restos ardientes que la destrucción de la nave de Ifidamante ha provocado. Aun no está ahíto y con ojos vidriosos buscaba una nueva víctima. Su ansia le impide reparar en la señal que ha aparecido en la capa de tiempo real , un triángulo verde en su cono de vulnerabilidad. La muerte de Ifidamante no ha pasado desapercibida para Coon, su hermano mayor, que acude presto a vengarle. Habiendo agotado sus misiles en la ya larga jornada, solo puede centrar una ráfaga de proyectiles blindados en la nave de Agamenón, uno de los cuales logra superar el escudo y atravesando el débil blindaje de la nave del rey de hombres, estalla en su interior. Produce severos daños a la par que la metralla alcanzaba al Atrida en el hombro. Agamenón invierte la fuerza de propulsión y su nave retrocede bruscamente, pasando lanzada junto a la de su atacante que justo puede apartarse para no ser arrollado. Los escudos toroidales se cruzan intercambiándose buraq pero sin reaccionar

entre ellos. La rápida reacción de Agamenón ha privado a Coon de la venganza completa.

Las arterias seccionadas escupen negra sangre a chorros en la cabina del caza, por momentos más y más inmaniobrable. Agamenón comprende que debe volver a Amaltea. Arenga a sus caudillos para que arrecien en sus envites y enfila hacia la base terrestre.

Canto XI

La Europeiada, la gran guerra de Europa, se prolongó durante más de diez años terrestres, a lo largo de los cuales se produjeron multitud de asedios, ataques, contraataques, escaramuzas y combates de todo tipo y toda envergadura. A pesar de ello, nombrar la Europeiada, significa recordar la gran batalla que se libró casi al final de la contienda y que tan dramáticas consecuencias tendría en el desenlace final.

En aquella ocasión, los europi, guiados por el fiero Héctor, arremetieron una y otra vez contra la flota terrestre, lograron romper las defensas de su base en Amaltea y a punto estuvieron de destruir los tg3, lo que hubiera supuesta la derrota definitiva y humillante, de los Atridas y sus aliados.

Fueron cinco días, en términos terrestres, de lucha interminable, de avances y retrocesos, de heroísmo sin par. Cinco días de sangre, muerte y destrucción, cinco días de gloria en el campo de batalla, cinco días de dolor y consternación en los hogares de Europa.

En todo aquel tiempo, Héctor no consintió que sus pilotos regresaran a la base, para impedir que perdieran la rabia del combate en los dulces brazos de sus esposas, hijos e hijas. Reabastecidos una y otra vez en mitad del espacio, confinados en las estrechas carlingas de sus cazas, enfebrecidos por la falta de descanso, los valerosos europi siguieron a su príncipe, sin vacilación alguna, hasta su ineludible final.

Voluntad y codicia: la guerra de Europa
Iodeida, princesa de Io

La retirada de Agamenón no pasa desapercibida para los europi, especialmente para Héctor:

—¡Amigos y compañeros! El feroz Atrida huye cobardemente, abandonando a sus tropas. Sin Aquiles ni Agamenón sin duda deben ser presa fácil. La batalla ha cambiado de signo. ¡Europa espera que todos cumpláis con vuestro deber!

Aunque incapaz de ordenar tácticamente a sus hombres, Agamenón es el punto de referencia de las naves terrestres. Todos los pilotos están seguros de encontrarle en lo más recio de los combates, sin desfallecer jamas y nadie se atreve a vacilar allí donde el gran caudillo muestra indomable determinación. Privados de su enardeciente ejemplo, incluso los más aguerridos jefes se sienten dubitativos. Ninguno osa tomarle el relevo a su wanax y se produce un súbito repliegue a todo lo ancho del plano de batalla.

Todo lo contrario de lo que ocurre en sus enemigos, donde las certeras e incuestionables ordenes de Héctor son prontamente obedecidas por sus ayudantes con ciega determinación. Pronto la presión europi en todo el frente acelera el repliegue inicial de los terrestres que en algunos sectores adquiere carácter de desbandada. El pánico hubiera llevado al traste a toda la flota si Ulises no hubiera exhortado a Diomedes Tidida a dar ejemplo y resistir. Hábiles en el combate como pocos, bravos y valientes como ninguno, los dos guerreros plantan cara a las oleadas de naves europi que rompen a sus costados como el mar en la escollera. Héctor, viendo que el valor de los dos terrestres puede hacer fracasar su ofensiva, se lanza personalmente contra ellos. Lejos de dejarse llevar por el pánico, los valerosos terrestres le hacen frente y Héctor ve volar hacia él media docena de misiles de diversos tipos. Aun recurriendo a todos sus trucos de veterano luchador no puede evitar el aniquilamiento de su escudo toroidal. En una hábil maniobra calcina con la tobera de propulsión el misil que había de destruirle, lo que no evita la explosión de su carga. La nave de Héctor sale despedida, cabalgando sobre las ondas de percusión del formidable estallido, zarandeado y con la nave chamuscada pero felizmente indemne. Desconsolados, Ulises y el Tidida ven como se les escapa tan rica presa. Aun a sabiendas de que su jefe ha sobrevivido, los europi, enfurecidos, arrecian en su esfuerzo por acabar con los esforzados príncipes. Un huracán de fuego y hierro se abate sobre ellos tal que ningún guerrero menos hábil lo hubiera soportado. Al fin una solitaria

fragmentadora penetra el escudo y el blindaje del Tidida y la metralla le atraviesa un pie. Poco después, privado del escudo toroidal, un misil hace explosión a poca distancia de la nave de Ulises destrozando el sistema de armamento del lado derecho. La carlinga estalla en mil pedazos y si el audaz lugarteniente de Agamenón salva la vida es gracias al sistema de soporte vital que entra en funcionamiento al instante. Pero las drogas vertidas a chorro en su torrente sanguíneo no pueden ocultar el lacerante dolor que nace bajo sus costillas. La capa semiótica le informa que los daños en su nave la convierten en poco más que un pecio errabundo.

Rodeados de enemigos, heridos y con las naves averiadas, otros menos curtidos hubieran considerado la situación desesperada, implorando inútilmente la misericordia del enemigo. Pero esa no es la sangre de Ulises y su esforzado compañero. Ante los incrédulos ojos de los europi sus imprevisibles maniobras logran alejarles de sus enemigos, aunque toda su valentía y habilidad hubiera resultado inútil si Menelao no se hubiera percatado de su precario trance y reclamando la ayuda del gigantesco Ayax Telamonio no hubieran acudido ambos en su ayuda. Gracias a este apoyo, los esforzados compañeros heridos y sus maltrechas naves logran alcanzar el refugio de Amaltea.

El valiente Ayax se convierte entonces en el blanco de la furia europos y pese a todos sus esfuerzos no tarda su nave en resultar averiada y él mismo seriamente herido. Para entonces se combate ya junto a la cúpula Marquesán que cubre las naves y la base terrestre de Amaltea y Ayax logra ganar el refugio pese a la furiosa acometida de sus enemigos.

Desde la escotilla de entrada de su tg3, Aquiles ha seguido la desastrosa derrota terrestre y triste ve pasar la interminable riada de naves apedazadas y compañeros heridos que a duras penas logran regresar. Se creen afortunados y sin duda lo son pues muchos más han perecido y sus despojos engrosaran los anillos jovianos.

Poco después de Ayax entran Macaón, el mejor médico de la flota y el venerable Néstor, el más anciano de los guerreros, pero bravo y temerario como el más joven. La nave de Macaón parece muy dañada y Aquiles envía a su amado compañero Patroclo a informarse. Ya de regreso, el fiel camarada de muchos combates no puede evitar expresarse con vehemencia:

—Macaón no está herido, Aquiles, a pesar de lo maltrecho de su nave. Por desgracia son muchos otros los que no han tenido tanta suerte. Néstor se ha tenido que retirar porque sus muchos años no le permiten so-

portar las largas horas de tensión del combate y además escaseaba la munición. Pero Diomedes Tidida y Ulises han regresado heridos. El mismísimo Agamenón tiene el hombro lleno de metralla que le deja el brazo prácticamente inútil. Héctor huele nuestra desgracia y carga con arrojo una y otra vez contra la cúpula. Los generadores ya no dan a basto a cerrar tantas brechas como se están abriendo, el precioso buraq escapa a raudales y en cualquier momento las defensas se pueden colapsar y los europi caerán furiosos sobre los tg3. ¿Como volveremos entonces a la Tierra? Si perdemos las naves pereceremos en Amaltea, sin gloria ni botín. El anciano Néstor me pide que te transmita todo esto por si logra remover tu firmeza.

Apenas había terminado Patroclo su parlamento cuando el rugido de la descompresión explosiva les advirtió que la negra profecía se acababa de hacer realidad. Rápidamente echaron mano de sus mascaras de oxigeno para mirar a continuación al cielo. Un gran agujero se había abierto en lo alto de la cúpula, en el punto más alejado de los generadores Marquesán. Al instante dos naves se situaron en el centro mismo, con retadora tranquilidad. Patroclo reconoció las insignias de Polipetes y Leonteo. Los dos valientes se mostraban dispuestos a perecer antes que permitir el paso franco de los europi. Las naves enemigas están obligadas a entrar por el agujero que a pesar de ser de grandes dimensiones, se les antoja angosto. Todos los que lo intentan perecen bajo el inteligente y coordinado fuego de los dos paladines y los europi desisten de forzar la penetración por aquel punto, pero no por ello cejan en su empeño que ha de traer nefastos resultados para los terrestres.

El combate se recrudece en toda la superficie de la cúpula y aunque se abren algunas brechas más, el escudo resiste. Algunos de los terrestres que han regresado faltos de munición y combustible se agrupan para volver al combate. Al frente se pone Ayax Telamonio, a pesar de sus heridas. Su violenta salida no logra hacer retroceder a los europi y muchas naves son aniquiladas.

Desesperado ante el fruto maduro que no acaba de caer, Héctor comprende que en ese ataque tampoco podrá destruir la base terrestre. Los hombres están exhaustos y las naves han gastado todas sus reservas de munición y combustible. Muchos se han visto obligados a deshacer el escudo toroidal para alimentar con su buraq la insaciable tobera de propulsión y a pesar de ello siguen combatiendo, extremadamente vulnerables,

con temeridad suicida. Héctor sabe que si la batalla prosigue mucho más puede volverse en su contra, ahora que los terrestres gozan de la proximidad de su fuente de avituallamiento. Extremadamente afligido da la orden de retirada, pero tampoco consiente en regresar a Europa. Por segunda vez las naves son reaprovisionadas en mitad del espacio y Héctor concede a sus hombres un breve descanso para librarse de la tensión del combate, aunque confinados en sus pequeños cazas. El cansancio y el miedo embota sin cesar la mordiente de los guerreros.

Canto XII

Sin duda alguna, los Atridas representan lo mejor y lo peor de las razas que pueblan Tierra. Brutos, tenaces, codiciosos, valientes, lascivos, astutos, ignorantes, carismáticos..., podríamos acumular líneas de adjetivos, tanto de alabanza como de injuria y nadie podría tacharnos de tendenciosos, pues todos serían absolutamente ciertos.

Por ellos comenzó la guerra. Tejer la inmensa alianza de hombres y naves que sentaron sus reales en Amaltea, en torno a la honra perdida de un marido despechado, es una obra de arte de ingeniería política, o la más falsa e hipócrita de las excusas que los hombres hayan inventado para ir a la guerra.

Muchos fueron los Atridas que pelearon contra los europi, pero dos descollaron por encima de todos, como no podía ser de otra manera: Menelao, el cónyuge burlado, y su regio hermano, el codicioso rey Agamenón.

Dicen de Menelao, y probablemente digan con verdad, que no sentía pasión por mujer alguna, que sus predilecciones tendían más a los jóvenes y atléticos caballerizos que a las mieles de la dulce Helena. Lo que sí que sabemos con certeza es que eso no le hacía pusilánime en el combate, al contrario, luchaba con el arrojo del león, la perspicacia del águila y la inteligencia del zorro y era el compañero que todos los pilotos deseaban tener a su lado.

Muy diferente era su hermano Agamenón, corto de luces, brutal y lascivo, su única táctica de combate era la del toro furioso: cabecear, resoplar y embestir y aun en eso el toro le ganaba, puesto que, a menudo, es capaz de fintar y engañar a su rival. A pesar de todo ello, gozaba de un enorme prestigio entre sus hombres, merced a su valor temerario y a su arrojo sin límites.

Héroes de la guerra de Europa
Iodeida, princesa de Io

Aliviados, los terrestres ven alejarse las naves enemigas en perfecta formación. Todos saben que ha faltado muy poco para la debacle. La pregunta en la mente de todos es si podrán resistir la siguiente embestida que a buen seguro no tardará. Agamenón no es inmune al ambiente y percibe perfectamente el sentir de sus hombres. Teme por ellos y también por si mismo y por su mando.

Apesadumbrado, el rey de hombres reúne a sus íntimos en asamblea. Con el rostro afligido toma la palabra.

—A vosotros no puedo engañaros. La batalla ha sido larga y cruel y la habéis vivido sin perder un minuto. Hoy hemos rozado el desastre y parece que el bravo Héctor no tardará en arremeter de nuevo, tan pronto como sus naves estén reabastecidas.

El Atrida guardó silencio, esperando que alguno de sus capitanes tomara la palabra. Fue el anciano Néstor el que, amparado en sus canas, se atrevió a decirle al rey lo que todos pensaban.

—Tu valor, Agamenón, es grande, lo has demostrado una y otra vez lanzándote allí donde el combate era más recio. Sin embargo hoy se han cometido flagrantes errores tácticos de los que Héctor ha sacado partido. Estimulado sin duda por la ausencia de Aquiles, ha explotado su ventaja hasta el extremo de recluirnos en la base en delicada situación y es evidente que tiene intención de seguir golpeando mientras pueda. No tenemos alternativa, debemos lograr que Aquiles regrese al combate.

—Lamento enormemente las palabras que pronuncié en la asamblea. Me dejé llevar por la furia y con ello provoqué un gran perjuicio a los terrestres siendo causa del justo enfado de Aquiles y de su posterior defección. Por eso estoy dispuesto a reconocer mi error y compensaré adecuadamente a Aquiles para que olvide la ofensa y regrese a la batalla. Le devolveré a Briseida, por supuesto, de la que juro que no he gozado en ningún momento y con ella han de volver seis muchachas de mi botín de Io, a cual más gentil. Además le permitiré que cuando entremos en Europa elija en primicia a las veinte doncellas que sean más de su agrado y le ofrezco, por último, la posibilidad de convertirse en mi yerno, desposando a una de mis tres hijas, la que prefiera, a la que dotare tan generosamente que no tendrá queja alguna.

Los caudillos comentaron positivamente la magnitud de los presentes con los que Agamenón intentaba limpiar su conciencia y mantener su mando. Néstor tomó nuevamente la palabra.

—En verdad se trata de una lista impresionante, digna de una magnánimo soberano. Tantas riquezas han de borrar necesariamente cualquier resentimiento que Aquiles pueda albergar en su corazón. Yo mismo iré, con tu venia, Agamenón, a transmitirle tu oferta. ¿Quien se ofrece a acompañarme en esta delicada embajada?

Poco después Néstor, Ulises y algunos más se encaminaban a la nave de Aquiles que les recibió con amabilidad y todo el respeto que se debía a su alto rango. Terminados los agasajos protocolarios fue Ulises, de palabra fácil y habituado al chalaneo quién transmitió la oferta de Agamenón, embelleciéndola tanto como era posible.

La frente de Aquiles se nubló durante largo rato. Cuando por fin habló lo hizo con tono pausado y meditado.

—Es evidente que el rey carga con el peso de su mala conciencia..., por fortuna sus penas me son indiferentes. Los guerreros conocen el motivo de mi enojo y no me guardarán rencor. Los regalos son tentadores, indudablemente, pero no pueden hacer mella en mi espíritu ni cambiar mi resolución. No volveré a tomar las armas contra Europa, no mientras Agamenón esté al mando de la flota.

De nada sirvieron los argumentos, razones y aun ruegos y súplicas de los valientes capitanes. El rudo Aquiles escuchó inconmovible los estragos que Héctor y sus hombres causaban en la flota terrestre y lo cerca que ese día habían estado del desastre. Nada le hizo cambiar de actitud. Apesadumbrados los emisarios de Agamenón dieron cuenta a este del fracaso de la embajada.

Canto XIII

Paris y Helena son los amantes por antonomasia, el símbolo fehaciente de que el AMOR, con mayúsculas, existe y puede tocarnos. Representan la inconsciencia del deseo que no atiende a consideraciones de orden práctico, ni a miserias banales y cotidianas.

Sin duda alguna, sería interesante saber cómo se ha llegado a esta mitificación, siendo los hechos tan diferentes. Por supuesto que hay partes de la historia que han permanecido en secreto y sobre las cuales no podemos más que especular. Lo que está fuera de toda duda es que Helena era hija de Zeus y algo tendría que ver su padre en la sorprendente elección de Menelao como esposo, siendo conocida la escasa atracción que sentía este por el género femenino. Parece también fuera de toda duda, que Zeus conspiró con Afrodita, con el objeto de que esta convenciera a Paris de intentar seducir a Helena. Fue también Zeus el que aconsejó a su hija que cediera a los galanteos del apuesto príncipe y huyera con él a Europa.

Zeus buscaba la guerra a cualquier precio y la obtuvo, pero ¿entraba en sus cálculos que sería tan larga y sangrienta? ¿Supo desde el principio que arruinar la vida de su hija era parte de ese precio?

Héroes de la guerra de Europa
Iodeida, princesa de Io

No tuvieron los terrestres mucho tiempo para lamentarse. Antes de lo que esperaban las naves europi atacaban el escudo. Los pilotos saltaron sobre sus cazas y durante largas horas el cielo de Amaltea se cubrió de fogonazos lívidos cuya intensidad atravesaba el espesor translucido del escudo y cubrían los tg3 de luz espectral.

Superiores en numero, valientes y aguerridas, las naves terrestres se enfrentaban con el furor y la anarquía de una nube de mosquitos contra las disciplinadas y bien mandadas falanges de Héctor. Mientras Amaltea trazaba su línea sobre la brillante superficie del gigante joviano las flotas avanzaron y recularon, recularon y avanzaron, hasta que los combatientes perdieron la cuenta. Uno tras otro, los más valientes y capaces de los caudillos terrestres se hubieron de retirar de la batalla, unos heridos, otros con las naves destrozadas. Su ausencia fue notoria y los europi obligaron a replegarse a los terrestres al interior de su fortaleza.

Héctor organiza varios ataques que incluyen sofisticadas maniobras de distracción y fintas dentro de las fintas dentro de las fintas, pero nada funciona. El escudo resiste y cuando no lo hace, las naves que logran superarlo son acribilladas. Buscando ideas para el asalto definitivo, Héctor repara en un transporte de buraq que se acerca para reabastecer a los combatientes. Ordena a los tripulantes que abandonen el mastodóntico tg3 y acopla a él su ligero pero potente caza. A plena potencia de su turbina logra acelerarlo en dirección a la base enemiga. Con destreza inigualable lo dirige hacia el objetivo que ha seleccionado. El escudo se acerca a una décima de lux cuando Héctor se separa del carguero convertido en una inmensa bomba volante. El choque de la gigantesca esfera, cien metros de radio, cientos de miles de toneladas de materia, contra el escudo es indescriptible, pero no es sino el principio de la hecatombe. No hay suficiente espesor de buraq en la cúpula de Amaltea para desintegrar la enorme nave por completo y decenas de miles de toneladas de materia se precipitan sobre el objetivo elegido por Héctor: los generadores Marquesán que sostienen la cúpula de buraq. La explosión deja pequeña a la anterior. El buraq que transporta el tg3 se libera y entra en contacto con los restos de la nave, los generadores y las instalaciones adyacentes. Un infierno, el corazón de una estrella, surge en la superficie de Amaltea cuya órbita se ve sensiblemente alterada. Destruido el campo, parte de las miles de toneladas de buraq que formaban el escudo son atraídas por la débil gravedad de Amaltea y caen sobre la base terrestre como una

fina lluvia causando terribles destrozos, afortunadamente la mayor parte permanece en el espacio y según Amaltea avanza en su órbita, quedan atrás.

Es el momento, Héctor ordena el ataque a discreción. Diez años de rabia y de odio caen sobre los terrestres, que protegen los tg3, su garantía de regreso a la Tierra, con coraje y bravura sin límites. Son la presa preferida de los europi que poco a poco les ponen cerco. Si los destruyen, los terrestres quedaran inmovilizados para siempre en este perdido rincón del espacio y morirán de inanición.

Diomedes Tidida, incapacitado para pilotar su caza, toma el control del poderoso armamento defensivo de uno de los tg3 y contesta a la rabia con la rabia, al fuego con el fuego, al hierro con el hierro. Otros siguen su ejemplo y la arrasadora embestida europi logra ser frenada, aunque no detenida.

Las naves de Héctor infligen terribles perdidas de cazas a los defensores pero no logran destruir los cargueros aunque no por ello aflojan en su empeño.

Patroclo asiste como impotente espectador al sangriento espectáculo. Con el corazón desgarrado ve a los suyos sangrar, sudar y llorar, mientras la fidelidad a su jefe y amigo le impide tomar parte en el combate.

Desesperado se dirige a Aquiles:

—He sido tu mentor y mientras fuiste joven te enseñé todo lo que sabes. Desde que alcanzaste la hombría hemos luchado codo con codo y nos profesamos hondo respeto y fraternal amistad. No voy a reprenderte por tu actitud ni intentaré cambiarla. ¡Otros más elocuentes que yo han fracasado! Unicamente te pido, te ruego, te suplico que me permitas tomar tu nave y participar en la lucha. El terror que inspiras a los europi es lo único que puede inclinar la batalla hacia nosotros. De lo contrario, témome, que a pesar del continuo heroísmo al que asisto como espectador impotente, los europi acaben prevaleciendo, los transportes sean destruidos y todos nosotros quedemos condenados a perecer en esta perdida luna, olvidados de los areopae.

El corazón de Aquiles no pudo resistir el envite de su adorado amigo. Lo conocía demasiado bien y sabía cuanto estaba sufriendo por su terquedad.

—Toma mi nave y parte al combate. Toca zafarrancho y que los hombres te acompañen. ¡Lo desean tanto como tu! Yo guardaré mi juramento y esperaré que el Areópago me haga justicia.

»Que la prudencia guíe tus pasos y que tu bien conocido valor no sea causa de nuestra desdicha.

No bien hubo pronunciado estas palabras Aquiles, ya Patroclo animaba a todos los tripulantes a lanzarse a la batalla. Sin esperarles, en cuanto estuvo listo el brillante caza de Aquiles, inconfundible saeta de acero pulido, partió sin esperarles.

El caos reina sobre el cielo de Amaltea. Muchos han seguido el ejemplo del Tidida y cada transporte es una fortaleza que escupe continuamente cataratas de fuego y plomo. Algunos han levantado escudos Marquesán locales pero el buraq escasea, se cedió gran cantidad para el relleno de la gran cúpula y los incesantes combates sangran continuamente los depósitos. La mayoría de los comandantes han preferido conservar las reservas para una eventual huida.

Curiosamente los europi concentran su ataque sobre los cargueros protegidos por escudo ya que este dificulta la réplica mientras que los que han optado por permanecer descubiertos se convierten en volcanes furiosos que escupen fuego y destrucción en cuanto una nave europos se aproxima.

Héctor continúa moviendo sus piezas con destreza. Organiza grupos para el ataque de los transportes más vulnerables mientras otros hostigan a los cazas terrestres impidiéndoles ir en ayuda de sus compañeros asediados. De cuando en cuando una explosión silenciosa empequeñece el fulgor solar señalando la trágica desaparición de un tg3.

Patroclo ve cómo una nutrida escuadrilla arremete contra el transporte de Protesilao y enloquecido, ansioso de sangre y venganza, se lanza a plena potencia sobre los atacantes.

Protesilao está recubierto por el escudo de buraq y de vez en cuando larga ráfagas de fuego a través de vanos creados de forma sincronizada con los proyectiles, pero es un proceso lento y poco dañino para los atacantes. Muchos de ellos han prescindido del escudo para economizar buraq y, sobre todo, poder disponer de toda su capacidad destructiva sin cortapisas. Uno de ellos es Pirecmes y esta decisión le resulta fatal. Antes de que pueda identificar la señal aparecida en su capa de tiempo real, Patroclo se le ha echado encima, acribillándolo con pesados proyectiles

fragmentadores. El débil blindaje de Pirecmes no es obstáculo para los obuses blindados que atraviesan limpiamente el casco estallando en su interior.

Sin pararse siquiera a comprobar el resultado, Patroclo continúa maniobrando en busca de enemigos vulnerables. Tras él viene la horda de guerreros de Aquiles. Apartados del combate durante los dos últimos días se lanzan ahora a él como una inesperada reserva cuidadosamente conservada. Sabedores de los males que los europi han infligido a los suyos, condenados a servir de espectadores durante las ultimas jornadas, están llenos de furia comprimida. Por si no fuera bastante, la nave de Aquiles es rápidamente reconocida y un estremecimiento de miedo recorre el plano de batalla europos. ¡Aquiles ha vuelto! Muchos pierden los nervios y dan la espalda al enemigo pese a las ordenes tajantes de Héctor que amenazan con impensables suplicios, pero no tendrán ocasión de sufrirlos. Los terrestres ganan sin dificultad el cono de vulnerabilidad de las naves desertoras y el chorro de escape es un guía infalible para los misiles de infrarrojos. Inexorablemente el primero destruye el escudo y el segundo, o una larga ráfaga de granadas fragmentadoras, acababa con la carrera del cobarde.

Viendo a toda su línea ceder, loco de rabia ante la victoria que se le escurre, Héctor se lanza en pos de la nave de Aquiles.

Mientras, Patroclo, indiferente, continúa abriendo una trocha de muerte en las filas europi. Téstor es su siguiente víctima y no llega siquiera a saber cómo ha ocurrido. La sangrienta tarea de Patroclo no hubiera tenido fin de no haberse encontrado con el valiente Sarpedón quién, en vista de que no logra controlar a sus hombres y para darles ejemplo y ánimo, se planta en medio de la devastación que Patroclo siembra a su alrededor.

Maniobrando lentamente y con solemnidad reta a Aquiles, según él cree, a un duelo singular. La danza acompasada de ambas naves mientras se dirigen a los puntos de salida, adquieren tonos de sensualidad artística en el grandioso escenario. Las flotas dejan espacio libre conteniendo el aliento porque debajo de tanta belleza rugen negras pasiones y los contendientes nada anhelan si no la sangre y la vida del contrario.

Sarpedón abre el combate con una impecable maniobra de gran dificultad técnica. Lanza un misil de visión remota regulándolo a baja velocidad al tiempo que dispara su nave describiendo un curva hiperbólica a máxima potencia que adelanta al misil, escupiendo un segundo cohete de

visión remota, el último que le queda, justo al pasar por el cenit de la hipérbola, casi sobre la perpendicular del rumbo de Patroclo. Este puede destruir uno de los dos misiles, pero no ambos, acercándose como lo hacen, en ángulo recto. Mientras, Sarpedón finaliza la maniobra colocándose en posición de tiro de cañón.

Las flotas contienen el aliento. Pocos saben que es Patroclo y no Aquiles el que pilota la pulida saeta. ¿Será posible que el temido terrestre sea abatido? La defensa clásica de este ataque consiste en destruir el primer misil y adentrarse en la flameante llamarada de la explosión para, en sus nubes y fuegos despistar al segundo misil y a las no menos temibles granadas del atacante, pero Patroclo no hace nada de esto. Permanece inmóvil, dejando que ambos misiles se acerquen hasta casi el impacto, en el último instante calcula el estrecho ángulo por el que Sarpedón espera rematarlo con sus ráfagas y lanza la portentosa nave de Aquiles por allí. La potencia y capacidad de aceleración del caza no tenían parangón en la flota y Sarpedón se ve sorprendido por la velocidad de la maniobra. Los misiles explotan en el espacio ocupado por la nave unas décimas de segundo antes, pero que ahora se dirige hacia Sarpedón a una velocidad imprevisible. Este agota los cargadores de sus cañones pero el grueso escudo buraq y su velocidad de rotación, superior a la normal, salvan a Patroclo. Virtualmente desarmado Sarpedón intenta huir pero las bien dirigidas ráfagas de Patroclo abren grandes brechas en el casco y la nave de Sarpedón queda convertida en un pecio exánime.

Héctor ha visto morir a su fiel amigo y aliado y se abalanza sobre Patroclo, rugiendo y maldiciendo. Mientras este remata la nave de Sarpedón, Héctor gana su cono de vulnerabilidad y lanza en cascada los cinco misiles de infrarrojos que le quedan, cada uno de ellos guiado por el anterior en una fatídica cadena. Patroclo los ve llegar e inicia una maniobra evasiva enfriando a continuación su escape pero Héctor fija el tiro de sus cañones sobre él y las explosiones de las granadas sobre el escudo de buraq resultaban suficiente guía para los sensores de calor. Ni la aleación especial de la nave de Aquiles puede preservar la vida de Patroclo de la explosión de cinco misiles espaciados a intervalos de tres segundos.

Canto XIV

En ningún otro lugar la combinación de buraq y campo Marquesán se aplicó de forma tan espectacular como en el escudo defensivo de Europa. Se trata del único escudo planetario que recogen los anales y difícilmente se volverá a ver algo similar.

Dos terceras partes de la producción anual de buraq de Europa, se destinaba a alimentar los generadores Marquesán del escudo, que creaban dos esferas concéntricas en torno al satélite. La cantidad de buraq necesario para rellenar el espacio entre ambas, equivalía al consumo de todo el Sistema Solar durante diez años terrestres.

Semejante dispendio solo era posible para el controlador del mercado, que podía reservarse la parte de producción que considerara oportuna y vender el resto al precio que deseara. Esa tiranía económica creó serios resentimientos en todo el Sistema, resentimientos que se estrellaron, una y otra vez, contra el escudo que garantizaba, por igual, la independencia de Europa y su dictadura sobre el resto del Sistema.

Defensora a ultranza de su privilegio, al llegar la hora decisiva, Europa, casi sola, peleó casi con todo el Sistema en masa y a punto estuvo de vencer.

Fundamentos tecnológicos de nuestro mundo
Doctor Ingeniero Leto Atrida

La destrucción de la emblemática nave fue suficiente para dar de nuevo la vuelta a la batalla y los europi, que instantes antes huían amedrentados, se revuelven ahora contra sus perseguidores atacándoles con bríos renovados. Los terrestres, envalentonados hasta ese instante tuvieron que recular y no tardando mucho la batalla volvió a librarse sobre la superficie de Amaltea, entre el fuego mortífero de los tg3.

Fue Antíloco quién recibió la pesada carga de comunicar la triste noticia a Aquiles. Aunque este no había querido seguir de cerca el combate, vio que se volvía a pelear junto a los pesados transportes, después de que el empuje de Patroclo hubiera llevado la lucha muy lejos de Amaltea. Las sospechas le corroían haciéndole temer por la vida de su preciado amigo pero eso no sirvió para endurecer su corazón y cuando Antíloco confirmó sus aciagos temores, cascadas de dolor desbordaron sus entrañas..., más pronto fueron reemplazadas por el odio, odio acerado, odio helado, odio como no se había conocido desde que indómitos aqueos asediaron una noble ciudad en un remoto confín del Mediterráneo, en una Tierra cada vez más lejana.

Pero toda esa ira no tenía cauce por donde discurrir: privado de su caza de combate solo podía ver como la lucha seguía devorando naves de ambos bandos.

Tardó mucho tiempo en salir de las nebulosas del dolor y decidirse a enviar a una madre un heraldo. Con su proximidad al Areópago y al mismo Zeus, Thetis tenia poder suficiente para proporcionarle la nave que sus ansias de venganza exigían.

Consumió lo que parecía una eternidad deambulando por los desiertos pasillos del tg3. ¡Nadie osaba tentar su maligno genio! Por fin, el heraldo con sello del Areópago anunció su llegada. Thetis atendía sus ruegos:

—Un tg3 se encuentra en este momento en tránsito cerca de Júpiter. En sus bodegas se encuentra un caza que la confederación plutoniana envía como presente de buena voluntad al Areópago. Gracias a la intercesión de Zeus, Hefesto, areopa responsable de suministros, ha accedido a cederte esa nave. Las ordenes ya han sido transmitidas al comandante del tg3 y llegará a Amaltea en las próximas horas.

Destruida la cúpula Marquesán, salir al exterior requiere el equipo apropiado así que Aquiles continúa su deambular por los pasillos de su carguero. Una y otra vez atraviesa los corredores desiertos, puesto que nadie se atreve a cruzársele, parando de tanto en tanto en la sala de

control, para colocarse el casco de navegante. El anunciado tg3 fue pronto señalado por los sistemas de detección, pero la impaciencia de Aquiles no puede acelerar su acercamiento.

Mientras se consumía en la espera, la batalla decaía. Una vez más Héctor se veía obligado a retirar sus exhaustos pilotos para rearmar las naves y dar un remedo de descanso a la carne. Por tercera vez, los europi se concentran en mitad del espacio para descansar durante algunas horas.

Amaltea se perdió tras el horizonte de Júpiter. Apantallado por el enorme planeta, invisible al radar europos, el anhelado tg3 llegó por fin a la desolada base terrestre.

Tal como había asegurado su madre, se trataba de una nave magnífica. Los avanzados generadores Marquesán, de menor tamaño y bajo consumo, liberaban una gran cantidad de buraq para reforzar el escudo, anormalmente grueso. El blindaje del casco era todo del mejor acero, con ausencia total de plomo, uranio y otros metales pesados, habituales en los blindajes. El caza era así excepcionalmente robusto a la par que ligero, lo cual garantizaba una maniobrabilidad excepcional.

Aquiles hubiera saltado directamente a la carlinga de pilotaje en busca del matador de su amigo pero los caudillos terrestres le hicieron ver lo vano de su empeño. Estaban al otro lado de Júpiter, la nave tendría que consumir una parte importante de su autonomía circunnavegando el gigantesco globo y Aquiles estaría aislado de la base y privado de comunicaciones, y lo que era más importante: el resto de la flota no le acompañaría. Los agotados supervivientes de las cruentas batallas de las ultimas cincuenta horas necesitaban reponer sus fatigas con alimento y descanso.

Aquiles se avino a estas razones de mal humor pero se negó a probar bocado ni dar descanso a la carne. Como fiera enjaulada entraba y salía de su nueva nave mientras Amaltea, en el cono de sombra de Júpiter, volaba sobre un mundo lóbrego y oscuro.

Canto XV

Hijo de Thetis, que fuera cortejada por Zeus y por Poseidón, Aquiles es un héroe oscuro. Fue educado para la guerra y, por ello, para Aquiles la guerra no es un medio, si no un fin en sí misma. Busca con ahínco la gloria de la batalla, denuesta la vida larga y cómoda y clama por una existencia fugaz pero esplendorosa, que sea recordada como un destello de blancura cegadora. Patroclo es la única virtud que tiene cabida en un corazón pleno de orgullo, soberbia y arrogancia.

Como soldado representa la antítesis de Agamenón: a su maestría en la táctica, en la estrategia y en el mando de hombres, une su legendaria invencibilidad en el combate personal. Por sus propios méritos se erigió en el general indiscutible de los terrestres, por encima de jefes de mayor rango, como Agamenón o Ulises. Por eso, cuando su Ira, la Ira de Aquiles, hija del orgullo y la arrogancia, le forzó a retirarse del campo de batalla, los terrestres quedaron huérfanos de mando, a merced del valeroso Héctor, domador de buraq.

Héroes de la guerra de Europa
Iodeida, princesa de Io

Apenas el pequeño satélite aparece sobre el horizonte de Júpiter, surgen oleadas de brillantes naves, a las que los europi aguardan prestos para librar la batalla definitiva. Unos y otros están al borde la extenuación y ya no caben más prórrogas, la lucha debe decantarse de un lado u otro. La flota terrestre es una masa compacta, un rodillo cósmico dispuesto a apisonarlo todo a su paso. Héctor organiza pequeñas escuadrillas de hostigadores para inquietar los flancos, mientras divide su flota en tres cuerpos. El más numeroso forma una compacta esfera de fuego y odio en medio del camino de los terrestres, dispuesta a plantarles cara. Un grupo poderoso se aleja por la derecha del ariete principal, tomando posiciones a la vista del enemigo, en espera del momento más adecuado de intervenir en el combate. Otro grupo aún mayor se dirige hacia la propia Amaltea, escondiéndose tras el planetoide, donde permanecerá oculto, como fuerza de reserva.

Pero Héctor no ha contado con el factor Aquiles. El terrible piloto es capaz de desorganizar el más cuidadoso dispositivo táctico y esta vez no es diferente. Las diferentes idas y venidas de naves con las que Héctor ha intentado enmascarar sus movimientos no le confunden ni por un breve instante. Envía un grupo ligero a hostigar las reservas tras Amaltea y establece un ramillete de patrullas con naves de bombardeo bien blindadas, entre el grueso de la flota europos y el grupo de apoyo segregado, para dificultar sus movimientos, al tiempo que hace formar al resto de su flota en media docena de filas. Desde estos seis estiletes, las naves se acercaban a la formación principal europos en intervalos de pocos segundo, lanzan un misil y vuelven a su fila. Los primeros proyectiles son interceptados sin problemas, pero al cabo de un tiempo el bombardeo incesante de puntos fijos comienza a causar bajas en la rígida formación europos.

Pero no es eso lo que Aquiles quiere. Una maquina de destrucción eficaz ha de ser fría e impasible y sin embargo la sangre bombea con fuerza en sus venas y restalla en su cerebro. El quiere sangre y fuego, no ataques organizados como maniobras de ingeniería.

Una vez impartidas las instrucciones, se destaca con un veloz grupo de naves ligeras en busca del grupo de apoyo que Héctor ha situado en su flanco. Dando rienda suelta a sus emociones se arroja como un cóndor regio en un rebaño de indefensos corderos. No es un hombre, es una bestia malvada dotada de una habilidad mortal y de una nave casi invulnerable.

Los pocos bravos que se atreven a oponérsele son rápidamente despachados por los huracanes de muerte que emergen del poderoso caza.

Viendo su grupo de apoyo destruido, el cuerpo principal fuertemente dañado y la reserva táctica hostigada y vulnerable, Héctor no tiene más remedio que ordenar romper las formaciones. Las naves se dispersan en escuadrillas de reducido tamaño, atacando a criterio de su comandante, que interpreta según el contexto las directrices genéricas de Héctor. La nueva táctica surte efecto y los terrestres se ven obligados también a reorganizar su ataque, pero la mente de Aquiles está ansiosa de sangre y de nada se preocupa excepto de aniquilar naves europi, una tras otra.

Huérfanos de mando, los terrestres imitan la táctica europos y la batalla degenera en enfrentamientos individuales de pequeñas escuadrillas. Allí donde interviene Aquiles, el entusiasmo y el empuje de los terrestres es considerable pero en el resto de los combates se encuentran a la defensiva, aunque tal parecía que Aquiles esté provisto del don de la ubicuidad y se encuentre en todos los lugares al mismo tiempo. Sea el punto que sea el que Héctor elija para concentrar sus fuerzas y conseguir la supremacía local intentando reordenar la batalla, allí aparece la nave de Aquiles exigiendo su cuota de metal y carne.

Los europi retroceden lenta pero inexorablemente y al cabo de algunas horas se pelea en las proximidades de Europa.

Canto XVI

No hubo varón más preclaro, príncipe más eximio, más devoto esposo, más tierno padre, soldado más valiente, piloto más hábil, ni mejor general, que Héctor, domador de buraq. Es difícil aceptar que tantos dones recayeran en una misma persona, que un ser tan excepcional no tuviera un lado oscuro, una debilidad de carácter, una falla entre tanta perfección, pero así lo cuentan todos los que lo conocieron, incluidos sus enemigos, y así lo aceptamos nosotros.

A diferencia de Aquiles, Héctor amaba la paz, pero hubiera luchado mil guerras antes de ceder un milímetro en la libertad e independencia de Europa. Desde el principio supo que el despecho de Menelao era una decorosa excusa para esconder ambiciones nada románticas. Por ello aceptó de buen grado el capricho de su hermano Paris, pues entendía que la guerra era cuestión de tiempo, y trató con deferencia a Helena. Intuía la falta de sinceridad en su amor, pero supo verla como lo que realmente era: un víctima de las intrigas de su propio padre.

Héroes de la guerra de Europa
Iodeida, princesa de Io

Los reabastecimientos en caliente mantenían las maquinas operativas pero los combatientes desfallecían por la tensión y el sobreesfuerzo. Los más afectados eran los pilotos europi que llevaban interminables horas confinados en sus estrechas carlingas. Varios capitanes expresaron públicamente su descontento por esta circunstancia. Héctor sabía que estas críticas iban directamente contra él. Suya había sido la obstinación de mantener el ataque sobre Amaltea sin permitir que los pilotos regresaran a Europa, en la esperanza, que al fin había resultado vana, de destruir la base terrestre antes de que Aquiles volviera a la lucha.

Su suerte dependía del resultado de la batalla y el resultado de la batalla dependía de Aquiles. Mientras tuviera enfrente a ese demonio vengativo no lograrían la victoria. Sobreponiéndose al temor que el enfrentamiento le inspiraba, tal era la masacre perpetrada hasta el momento por Aquiles, Héctor lo buscó en la capa de tiempo real. Lo encontró, como cabía esperar, en el punto donde la información táctica reflejaba en ese momento la mayor perdida de naves propias. Encomendándose a sus antepasados y dedicando un cariñoso recuerdo a la dulce Andrómaca y al tierno Astianacte, los apartó de su mente y pensó solo en el enemigo.

Aquiles ve en la capa de tiempo real cómo un vector surge de las profundidades de la batalla y enderecha hacia él. No le cabe ninguna duda, por fin Héctor reacciona de la única manera posible ante los estragos que causa.

—Ven a mí Héctor, matador de hombres, cruel victimario de mi amado Patroclo. Ha llegado el momento de cumplir mi venganza o de que yo parta en pos de mi amigo.

La inminencia del enfrentamiento recorre como un heraldo las flotas, dejando en suspenso todos los combates.

Sin preámbulos, sin acogerse a las formalidades de un duelo, Héctor acelera hacia la poderosa nave de Aquiles y lanza una cascada de infrarrojos como la que había acabado con la vida de Patroclo. Aunque en apariencia es mortal de necesidad, encuentra en Aquiles la más temeraria respuesta. Este se lanza a toda potencia contra el misil piloto de la cascada e inmoviliza el escudo para garantizar el blanco del cañón antimisil. Tal como es su deseo, el misil acaba por explotar, el escudo es barrido y el casco recibe de forma directa gran parte del impacto. Otra nave hubiera quedado seriamente dañada pero la que su madre le ha proporcionado, construida por los ingenieros plutonianos de acuerdo a las especificacio-

nes de Hefesto, resiste el castigo sin perjuicio y atraviesa la nube ardiente de la explosión. A la salida de la bola de fuego se encuentra con el segundo misil que queda rápidamente fuera de combate por los disparos del sistema antimisil, explotando inmediatamente. Esta vez ni el blindaje más poderoso salvaría la nave, pero Aquiles invierte el flujo de la turbina. El cambio de sentido es de una brusquedad tan terrible que pocos hombres lo resistirían sin perder el conocimiento, pero retrocediendo casi a la misma velocidad que la explosión avanza, Aquiles logra salir bien librado.

La nube de fuego es un cebo al que no pueden resistirse el resto de misiles de la cascada que explotan en su interior, creando un infierno digno del mismísimo Hefesto.

Las violentas explosiones inutilizan momentáneamente el radar de Héctor, lo que da un respiro a Aquiles para recuperar el control de su desbocada nave y maniobrar en busca de la espalda de su enemigo.

Héctor, al ver que la señal desaparece de la capa de tiempo real reacciona con prontitud, sabedor de que Aquiles intentará sorprenderle. En cuanto la violencia de las explosiones decrece, lanza su nave a través de ellas. Con el escudo parcialmente dañado por impactos con los restos de los misiles y metralla diversa, logra llegar al otro lado. Inmediatamente sus sistemas detectan la nave de Aquiles mientras confía que su propia señal resultará difícil de identificar mientras se mantenga próximo a la zona de inestabilidad magnética producto de las explosiones. Esta ventaja no durará mucho y Héctor hace todo lo posible para aprovecharla. En un arranque rabioso enfila su nave hacia la de Aquiles alcanzando en breves instantes la máxima velocidad.

Lanza sus dos últimos misiles, uno de visión remota seguido de uno inteligente, manteniendo el rumbo en pos de las armas, dispuesto a acabar el ataque con el cañón, su último ataque. Por una vez Aquiles es sorprendido. No ha previsto la audaz maniobra de Héctor y no comprende el significado de las señales en su capa de tiempo real hasta que es demasiado tarde. El cañón antimisil no tiene tiempo de destruir el cohete de visión remota que impacta contra el escudo aniquilándolo y zarandeando la nave con tal violencia que Aquiles pierde el control. Espaciado tan solo unos segundos vuela el misil inteligente. Su piloto automático ha centrado el ahora indefenso objetivo y cruza el espacio en pos de su destrucción.

A duras penas, Aquiles logra retomar el control de su nave y antes incluso de estabilizarse genera un campo Marquesán en forma de tubo por

el que escupe una densa nube de buraq, prácticamente toda su reserva, excepto una pequeña cantidad que conserva como combustible. La inteligencia artificial que gobierna el misil detecta la amenaza y varía el rumbo para evitar la destrucción lo que reduce inexorablemente su velocidad. Aquiles aprovecha esta ventaja para, con una maniobra de maestría suprema, situarlo dentro del alcance de su cañón antimisil. Héctor que sigue a su último misil no puede hacer nada más que asistir a su destrucción.

Aquiles se revuelve para pasar a la ofensiva. Héctor, desprovisto de cohetes y sin buraq suficiente para regenerar el escudo toroidal, ha perdido la iniciativa y su única oportunidad es alcanzar la seguridad de Europa, en cuyas proximidades discurre el combate. Aquiles adivina sus intenciones y logra situarse en el interior de la órbita de su rival, cerrándole el paso a la salvación. Para alcanzar el escudo planetario Héctor debe cruzar por delante de la nave de Aquiles, una maniobra casi suicida. Desesperado, Héctor, domador de buraq, orbita Europa a la máxima velocidad posible, pero no logra despegarse de Aquiles. Este parece mantener la distancia y esperar su oportunidad. La pasión de la sangre y la venganza no alteran un ápice su frialdad y dominio en el combate.

Desde Europa, Andrómaca sintió un súbito presentimiento. Alzó la vista y a través del domo acristalado pudo ver dos centellas muy próximas entre si, cuyo fulgor atravesaba el espesor translúcido del escudo de buraq. Las sigue con la vista hasta que se pierden por el horizonte para aparecer por el lado contrario algunos minutos después. El corazón galopa en su pecho, algo le dice que su esposo, el adorable Héctor, se encuentra en peligro y que una de esas centellas es su nave. Por segunda vez las ve perderse tras la línea de montañas heladas y contiene la respiración hasta que reaparecen por el lado opuesto. ¿Cual de ellas es Héctor? Al ocultarse por tercera vez, la sangre deja de circular por sus venas. Pálida como la muerte, espera con la vista clavada en el horizonte contrario. Por allí aparecieron poco después. Las sigue torciendo el cuello, hasta que ambas naves se encuentran justo sobre ella, en ese momento la nave más adelantada realiza una extraña maniobra.

Héctor intenta frenar para obligar a Aquiles a sobrepasarle y poderle atacar a cañonazos. Con medidos impulsos de las toberas de control encadena un tonel tras otro de forma que su nave describe una trayectoria helicoidal. Con este truco logra recorrer una menor distancia, sin disminuir su velocidad absoluta, lo que le convertiría en presa fácil para Aqui-

les; de esta manera confía en forzar al terrestre a adelantarle, sin embargo el hijo de Thetis es un piloto demasiado experimentado como para caer en esa trampa. Rebasa a Héctor, sí, pero inmediatamente el morro de su nave se alza para trazar un rizo. Aquiles aquilata su velocidad de ascenso de forma que compense exactamente la distancia que pierde respecto a Héctor, de forma que en el cenit del rizo se encuentra justo sobre el aborrecido matador de Patroclo. Un breve ajuste de las toberas de control le ponen en situación de tiro, soltando una larguísima ráfaga de proyectiles fragmentadores. El blindaje de la nave de Héctor no es obstáculo para ellos, lo atraviesan por inercia y estallan en el interior, dejando la nave fuera de control. A continuación, Aquiles larga tres misiles de infrarrojos, todo el armamento que le resta, desintegrando por completo la nave de Héctor.

Los europi quedaron aterrados por la magnitud del desastre, incapaces de asumir que Héctor, el valiente y sagaz hijo de Príamo, el domador de buraq, su jefe durante aquellos diez años, aparentemente invencible después tantos y tantos combates, había muerto.

Aquiles, viendo su venganza saciada, asumió otra vez sus obligaciones como jefe de la flota e intentó coordinar el ataque sobre los europi que huían pero fue demasiado lento y los enemigos lograron refugiarse tras el poderoso escudo. No sin esfuerzo, los caudillos terrestres convencieron a Aquiles de que debían retirarse a Amaltea, por prudencia y también para ofrecer a Patroclo las merecidas honras fúnebres, permitiendo que los europi hicieran lo propio por Héctor.

No de buena gana el héroe terrestre aceptó y ambos bandos dieron por terminada la batalla, la más larga y cruel de la guerra, pero no la última.